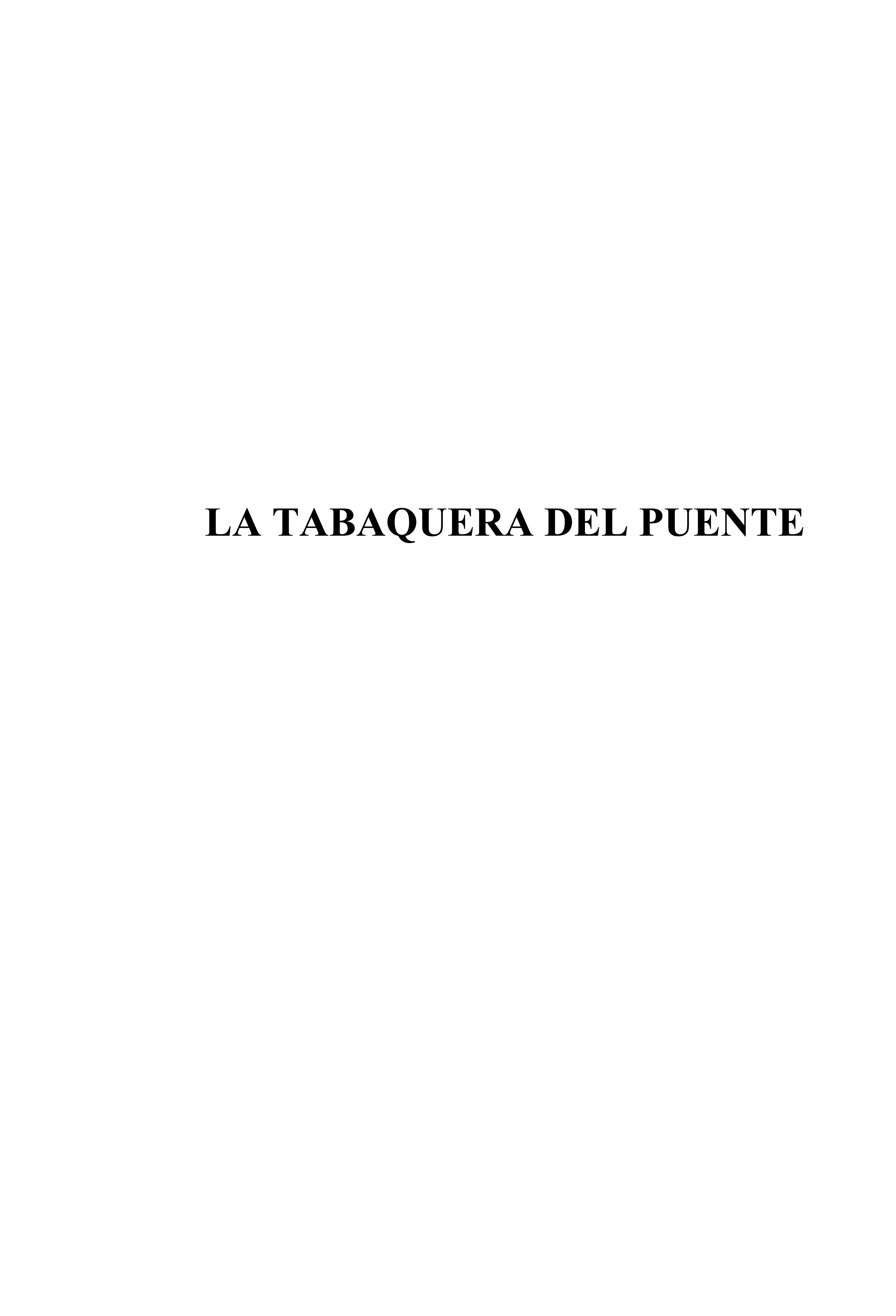
LA TABAQUERA DEL PUENTE



LA TABAQUERA DEL PUENTE

Por Rafael Medina Ortega

1994

Autor: Rafael Medina Ortega

Primera publicación: 2009

Todos los personajes y hechos acaecidos son productos de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

1ª Parte

FAUSTO

I

El doctor Fausto Ariamendi era un hombre poco comunicativo, más bien introvertido, y que, sin duda alguna, no desbordaba simpatía, aunque por ser un buen trabajador, tener buenos conocimientos y no ser nunca descortés, su figura, alta y delgada, que infundía respeto, jamás producía rechazo.

No tenía muchos amigos, pero a los pocos que él consideraba como tales, tenían que ser personas intachables. Atraía a sus pacientes por sus conocimientos médicos, más que por sus cualidades personales, como suele ocurrir habitualmente.

Debería andar por los cincuenta y cinco años de su vida, cuando comenzaron los sucesos que me movieron a escribir este relato. Probablemente, los médicos sean testigos durante su vida profesional de sucesos y de problemas muy interesantes, pero la verdad es que las vidas de los médicos suelen ser demasiado insulsas para que merezcan ser narradas, y la del personaje que tenemos entre manos, supera, en tediosa, a la de la mayoría de sus colegas… Pero no nos queda más remedio que contar algo de lo que sucedió con Fausto Ariamente hasta que, con cincuenta y cinco a cuestas, unos sucesos le indujeron a iniciar una nueva vida que rompía con su trayectoria social y humana.

Nacido en Bilbao, realizó los estudios de medicina en Valladolid. Su primer trabajo fue en un pueblecito de la misma provincia, donde estuvo cuatro meses hasta que tuvo que incorporarse, como alférez médico, a una sección sanitaria de la misma ciudad donde estudió para completar su servicio militar. Este periodo lo aprovechó para hacer el curso monográfico de doctorado, e iniciarse en la tesis doctoral y en la especialidad de medicina interna.

Acabado el cuartel, comenzó de nuevo a hacer interinidades, haciendo sustituciones por diversos pueblo de la región castellana. Nunca estaba más de tres meses en el mismo pueblo. Trabajaba de uno a tres meses, sustituyendo a un titular que se enfermaba, o mientras se cubría la

plaza por traslado de éste a otro pueblo, quedando cesante otros tantos meses, tiempo que aprovechaba para volver a la Facultad de Valladolid para continuar con la tesis y la formación en la especialidad, donde se gastaba lo que había ahorrado, que nunca era mucho. Pueblos de trigo, ovejas y lana, donde no había como se dice, vida social, y, aunque se ganaba poco, o había donde gastarlo, de forma que siempre le quedaba algo para las épocas de inactividad. Y tuvo suerte, porque, cuando veía que el bolsillo se vaciaba, aparecía una nueva sustitución. No cabe duda e que era un poco dura esa vida, pero se podía soportar.

Habían transcurrido tres años y medio desde que acabó la licenciatura en medicina y cirugía, cuando le concedieron una plaza en un curso de médicos de empresa en Madrid. Esta ciudad crecía, y el trabajo para los médicos, también. Surgían centros de urgencia en los nuevos barrios, y en Orcasitas, nueva zona madrileña, consiguió un puesto de trabajo nocturno y de festivos, con lo que se costeaba la estancia en la capital. Acabó la tesis doctoral, consiguió el título de Médico de Empresa y aprobó las oposiciones a médico general, titular –propietario de plaza- en el mismo año. A más no podía aspirar de momento. Ya lo mandarían a una plaza fija y dejaría de hacer el gorrión, saltando de pueblo en pueblo.

Así, como médico titular, le destinaron a un pueblo de la Sierra de Guadarrama. Como médico propietario, con la plaza fija, de donde no se le podía echar al cabo de algún tiempo, con salario seguro y mejor que antes, ahora podía dormir tranquilo y a gusto las noches que no le llamaban para hacer alguna urgencia.

Con relación a los pueblos anteriores, este pueblo serrano era diferente en todos los aspectos; era lo que se podía considerar pintoresco. En vez de abandonado, como los otros, estaba muy bien cuidado. Calles bien trazadas y empedradas, con casas de piedra azulgrisáceas, casi todas de dos plantas, de reciente construcción, elegantes, con jardincitos, la mayoría, y siempre cortinas en las ventanas. Hasta había vida social, con cine, un club y dos bares de buen aspecto. Era un pueblo próspero.

Se sentía satisfecho de su destino, y se acordaba de los otros pobres pueblos en que estuvo; sobre todo, de aquel, en que lo que mejor se veía desde su ventana, era el cementerio que yacía a sus pies.

Situado en la Sierra, el pueblo se encontraba en el lindero de un bosque de pinos, que, muy empinado, se extendía laderas arriba; mientras que, laderas abajo, estaban los terrenos de pastizales para el abundante ganado vacuno del municipio. El bosque suministrando madera a una gran serrería, los pastos, que alimentaban a las vacas lecheras, y una abundante colonia veraniega de madrileños constituían la floreciente economía de este pueblo. Sin duda alguna, la

mano de los madrileños contribuía, en mucho, a que no tuviera nada que envidiar a las más bellas aldeas de los Alpes Suizos.

Pero, para Fausto Ariamente, el pueblo tenía algo mucho más atractivo que todas las bellezas circundantes: un sanatorio antituberculoso. La casa del Médico estaba en uno de los extremos del pueblo, ay a cien metros, en las afueras, estaba el sanatorio. "¿Me permitirán trabajar allí como asistente voluntario en mis ratos libres?". Se preguntaba Fausto… Resuelto el problema económico con la titularidad de la plaza, este sanatorio podría ser la solución para no quedarse anquilosado en sus conocimientos médicos, como frecuentemente ocurría con los médicos de pueblo, completamente aislados del mundillo hospitalarios, donde se podía llegar a conocer a fondo enfermedades con sus diagnósticos y tratamientos, que servían de acicate para el estudio y espíritu de superación, cualidades que no le faltaban a Fausto.

Después de meditarlo bastante, y de preguntarse cómo serían los médicos del sanatorio, al mes de haber tomado posesión como médico del municipio, se dirigió al sanatorio, donde solicitó hablar con el director. Después de presentarse y de los saludos, le expresó su deseo.

En vista de lo que deseaba, el director comenzó haciéndole preguntas sobre su vida profesional: lugares de trabajo, méritos, cursillos realizados, etc… A continuación le mostró varios electrocardiogramas, radiografías y espirometrías, rogándole que los interpretara y diera su opinión. Luego pasó a hacerle preguntas sobre enfermedades pulmonares, de corazón, y sobre tuberculosis. Interrogatorio que duró más de una hora. Lo que se dice, un examen de medicina nada fácil.

- No le voy a aceptar como asistente voluntario- le dijo el director al acabar.

Gracias a que no era muy expresivo, el disgusto de Fausto no se mostró en la cara, y durante unos momentos permanecieron callados los dos médicos…"¡Esto me pasa a mí por pedir limosnas en un miserable sanatorio!", se reprochaba Fausto, cuando el director comenzó a hablar de nuevo:

- En esta comarca están ubicados varios sanatorios antituberculosos; la población tiene bien asumida esta desagradable plaga, pero éste que yo dirijo, tiene la desventaja de estar situado cerca del pueblo, causando, como es lógico, disgusto y rechazo por parte de la gente. Por eso, desde que soy director, he intentado combatir ese efecto negativo ganándome a la población. ¿Cómo…? Pues, siempre que puedo, reservo los puestos de trabajo para los del pueblo. También hacemos análisis, reconocimientos radiológicos y otros favores a enfermos del pueblo. No podemos excedernos por la falta de medios, pero nunca rechazamos a ningún accidentado en nuestra sala de curas, e incluso los atendemos en el quirófano; de esa manera, unos pueden volver a sus casas, y otros pueden ser

trasladados a Madrid en mejores condiciones… Dígame, ¿en qué pueblo, de los que ha estado, ha conocido usted estas ventajas?. Y el director volvió a hacer otra pausa mientras movía la cabeza, y añadía: - Usted, como médico titular, es el jefe municipal de sanidad, y con ése, siempre hay que llevarse bien para que nos defienda en el Ayuntamiento. Por eso, siempre le he reservado una plaza de médico becario, es decir, de aprendiz con una beca salario, que en realidad significa un sueldo de miseria… A los becarios se les da, además, la comida y el alojamiento en el sanatorio; así soportan mejor la estancia.. Para los que empiezan no está mal del todo; por lo menos, tienen algo… Unos aprenden para ser médicos generales, y otros para ser especialistas en neumología. Para los titulares, es un sobresueldo, que aunque muy pequeño, no les viene mal… ¡Pero… no! ¡No le voy a dar a usted una plaza de becario, sino la de subdirector interino…! Por suerte, el subdirector, viniendo hacia acá con su coche, borracho como siempre, tuvo la suerte de tener un accidente, rompiéndose un fémur y una tibia y algo más, por lo que tendremos enfermo para rato, ¡o que no vuelva! ¡Ojalá le den incapacidad definitiva por accidente laboral! Por lo tanto le ofrezco la plaza de subdirector sustituto. ¿La acepta?

Esta Vez no puedo evitar la alegría en su expresión, exclamando:

- ¡Cómo no!
- Pues, mañana mismo trae su currículum vitae, los títulos, nombramientos y el carné de colegiado, y comienza a trabajar. Bienvenido a la lucha antituberculosa y al pluriempleo. Yo también lo practico, pues tengo consulta privada en Madrid. Lo mejor es que comience la consulta del pueblo muy temprano, de forma que a eso de las diez ya pueda estar aquí. La gente ya está acostumbrada a venir al sanatorio en casos de urgencias o de avisos domiciliarios. Si rinde, a los dos años, le tramitaré el título e especialista en neumología. Respecto al sueldo, aunque eso no depende de mí, le he de decir, que es algo más alto que el de un becario, pero no mucho más por tratarse de un cargo de interinidad sustitutoria… Pero como ya gana por otro lado, estará mejor retribuido que antes. Sobre otros detalles del trabajo, las monjas, los becarios y yo le iremos poniendo al corriente… Los primeros días estará un poco despistado, pero pronto cogerá el tranquillo a la cosa.

Aquí se despidieron, y Fausto se dirigió a su casa. Quería saltar de alegría. ¡Conseguir tanto…! ¡Ni se le había pasado por la imaginación! Ser médico e hospital y subdirector, aunque fuera interino, y, además, ¡especialista en neumología en un plazo no muy lejano, eran premios demasiado grandes para él, a pesar de los inmensos trabajos, estudios y sacrificios que había realizado desde que acabó la carrera…! Le hubiera gustado dar saltos y gritos durante el trayecto, pero era el médico del pueblo y tenía que moderar sus impulsos.

II

Trabajó, estudió y aprendió mucho en los siguientes meses de su toma de posesión como subdirector. Las llamadas nocturnas no eran muchas. Del sanatorio no le llamaban casi nunca, pues los becarios se encargaban de atender esas necesidades, así como los cuidados tras operaciones y de visitas domiciliarias, tampoco podía quejarse, pero casi siempre, como ocurría en otros pueblos, las urgencias nocturnas se producían en las casas más alejadas, en noches muy frías, ventosas, lluviosas o de nieve, a las que se añadía abundante fango en muchas ocasiones. Con un cochecito de segunda mano que se pudo agenciar, remediaba en mucho esas inclemencias, pero el vehículo, cuando había mucha nieve o fango, no podía llegar a todas partes. Además, por lo viejo, casi la mitad del tiempo estaba averiado; incidencia que se presentaba con más frecuencia en el invierno.

Durante dos años, sólo se ausentó del pueblo una vez, y esa fue durante una semana de permiso que utilizó para casarse con su novia, una maestra que conoció durante una sustitución que hizo en un pueblo de Burgos. Realizó un estudio sobre la relación entre la tuberculosis y la silicosis, que al considerarlo de de gran interés por la jefatura de Madrid, fue publicado, y distribuido por toda España. Fausto, en su profesión y en su vida, se consideraba un hombre feliz; mas la felicidad tiene un límite, y una mañana le llamó el director, y le habló así:

- Desgraciadamente, el subdirector se ha recuperado del todo, y pronto se reincorporará al servicio… ¡Hierba mala nunca muere…! Tendré que rebajarte a becario… Por suerte, dos plazas van a quedar vacantes antes de un mes: la de Ortega, que se va a Alemania a hacer traumatología, y la de Martínez, que se va a Libia para trabajar de tisiólogo… Mal andan las cosas por aquí. Muchos médicos se van a África, y algunos a Alemania. Un compañero del Hospital de San Carlos se va a trabajar con una importante compañía

minera en el Congo; le han ofrecido cincuenta mil al mes. ¿Te imaginas esa cantidad…? Yo nunca la he visto.

Desde que le concedieron el título de especialista, el director lo llamaba de tú, pero él no se atrevía a tutearle.

- Me había hecho ilusiones contigo, pero como ves, el hombre propone y Dios dispone- continuó el director- ¿Cuánto ganas ahora?
- Entre lo del pueblo y lo de aquí, algo más de seis mil
- No está mal aunque no sea mucho. Tendrás que conformarte con algo menos a partir de ahora. Si sigue este éxodo médico, pronto resolveremos el problema del paro profesional. ¡Si pudiéramos mandar al subdirector a Sudáfrica…! ¡Bah!, en ningún sitio lo admitirían. ¡Esa cruz nunca me la quitaré de encima! Como es primo de un alto cargo en Madrid, aquí me lo metieron y tengo que aguantarme.

Y también para disgusto de Fausto, el subdirector se reincorporó. El verse degradado a becario, le disgustó un poco, y tenía que hacer más trabajo que antes, pues aparte del que le correspondía en s cargo, tenía que hacer casi todo lo que le correspondía al subdirector; viniera sobrio o borracho, muy poco se preocupaba de los pacientes, limitándose a firmar algunos papeles que le traía la madre superiora y a contarle chistes y bromas a las monjas, yéndose las más de las veces a subdirigir el sanatorio desde la taberna de la plaza del pueblo. Así era mejor porque no incordiaba.

El tener más trabajo y el cobrar algo menos, no le causó mucha preocupación, pero el haber perdido la categoría de subdirector si le causaba cierta pena. Por otro lado, ya había aprendido todo lo que se podría aprender en aquel sanatorio, donde los medios eran limitados, y a donde se enviaban los medicamentos cada tres meses, agotándose la mayoría al finalizar el segundo… En fin, que el pueblo perdía alguno de sus encantos. Le vino la idea de que ya debía solicitar, en algún concurso, el traslado a una ciudad o a la cabeza de algún partido judicial. Pero todavía no tenía puntos para eso, y la idea de trabajar en un hospital comarcal o provincial le venía a la cabeza continuamente.

Como por preguntar no se pierde nada, aprovechando que se acercaba la Navidad, le envió a uno de sus mejores amigos de la Facultad, junto a la felicitación navideña, una carta en la que le preguntaba si había posibilidades de trabajar, dentro de su especialidad, en algún hospital de la ciudad donde residía, Santander… Y, aunque con muchas dudas, metió el sobre en el buzón.

Pasaron meses, y el amigo no contestaba. “Desde que ocupan buenos puestos, los compañeros se olvidan de los que estamos en pueblos… Nos consideran unos parias de la

medicina", se decía Fausto mientras se iba resignando a la suerte que el destino le había deparado, que, por así decirlo, no era de los peores. A principios de junio, cuando ya había olvidado aquella carta, recibió un telegrama de su compañero de Santander en el que decía que debía presentarse el próximo lunes en el hospital santanderino donde trabajaba, con diplomas, certificados y publicaciones, para una entrevista a una determinada hora.

Una hora antes de la indicada estaba Fausto en la portería del hospital. Le indicaron, que esperara sentado hasta el momento de la entrevista, ya que la sala de reuniones donde tendría lugar estaba muy cerca de la entrada. Con puntualidad le llamaron para que entrara en la sala. Allí le esperaban, sentados, tres médicos con batas bancas, muy serios, que infundían respeto. Le preguntaron su nombre, le pidieron los documentos, que miraron cuidadosamente, haciendo algún comentario que otro, y, a continuación, pasaron a hacerle preguntas sobre los más variados temas de medicina, algunas muy difíciles de contestar, pero no se calló ni se dio por vencido en ningún momento. Al acabar el largo interrogatorio, de algo más de dos horas, le indicaron que saliera y que esperara en la portería.

Caso una hora y media estuvo esperando hasta que se abrió la puerta de la sala y salió su amigo.

- ¿Pero dónde estabas? ¡No sabes el miedo que he pasado! Ha sido el examen más duro que he sufrido en mi vida. No te puedes imaginar el interrogatorio a que me sometieron.
- Tranquilo, Fausto, y enhorabuena. Ya eres médico del hospital
- Creía que ibas a estar presente en la entrevista.
- No; no podía. Estaba en el quirófano, operando. Allí fue el director a decirme que te diera la noticia. Has pasado la prueba con todos los honores. Se quedaron asombrados de tus conocimientos… Es lógico; en un pueblo, sin hacer otra cosa que estudiar… ¡así cualquiera…! Hice la especialidad en Inglaterra, te puedo asegurar que los hospitales de allá no están mejor equipados que éste. En lo referente a aparatos, aquí disponemos de lo mejorcito que se encuentra en Europa. Todo es nuevo, además… Ahora lo verás… Acompáñame, y te mostraré algunos departamentos.

Mientras iba viendo las distintas secciones del hospital, sus ojos se deslumbraban por tan precioso material y adelanto técnico. Aquello era el sueño de su vida. ¡Qué diferencia con la escasez de medios y la vetustez de los aparatos que había conocido en el sanatorio y en la Facultad de Medicina…! Algo estaba cambiando en la España de los sesenta. Volvía a sentir la misma alegría que cuando lo nombraron subdirector del sanatorio, unos cinco años atrás, al mismo tiempo que sentía la pena de abandonarlo. Pero ése era su destino, y para un médico, pobre, que había comenzado haciendo de gorrión –es decir, saltando de pueblo en pueblo-, este

hospital era un premio demasiado grande. El destino se había mostrado, una vez más, muy generoso con él.

- Vete preparando la mudanza, porque a mediados del mes próximo, a más tardar, tendrás que estar pasando consulta aquí, y serás el segundo de tu servicio. El que estaba a la izquierda del director, ése será tu jefe. Bueno, ahora tengo que dejarte; espérame en la entrada. A las dos y media iremos a comer con tu nuevo jefe.

Treinta días después, firmaba el contrato y comenzaba a trabajar en aquel maravilloso hospital

III

Como hombre trabajador, serio y estudioso, pronto adquirió prestigio en su nuevo destino, y Fausto lo supo mantener a lo largo e los años. El pluriempleo era lo normal entre los médicos, y él, a pesar de su gran dedicación al hospital, lo tuvo que compaginar con un empleo de médico de una empresa, con lo que consiguió ganarse bien la vida.

Lo de estudiar medicina, no lo abandonó nunca, y se podía decir que a eso dedicaba la mayor parte de su tiempo libre. De vez en cuando, publicaba trabajos en revistar médicas, y también asistía a congresos y simposios médicos con cierta frecuencia, que tenían que ser en España o en Francia, ya que no le gustaba visitar países cuyas lenguas no conocía.

Gastando casi todas sus energías en su trabajo, poco tiempo le podía dedicar a su familia. Casi limitándose a aquel del que disponía los fines de semana que no tenía guardias, en que se iban a las montañas, y alguna vez a Bilbao para visitar a sus padres y hermanos. Las vacaciones solía pasarlas en el pueblo de su mujer, donde la tranquilidad le permitía leer mucho, compartiéndolas, a veces, con algún congreso.

- Ni fumas ni bebes; no vas de comilonas ni juegas a las cartas. ¡Menudo pájaro que debes ser, Fausto!- le decía un compañero

Y otro, cuando lo veía estudiando en los días de guardia, le recordaba una frase del doctor Letamendi:

- El médico que sólo sabe de medicina, ni medicina sabe.

Ante estas frases e indirectas que le dedicaban sus compañeros, él sonreía, y era de las pocas veces que se le veía reír. Bien es verdad que no era simpático, pero a nadie le parecía lo contrario Era como una máquina médica del hospital, algo inhumano, en el buen sentido de la palabra, pero algo muy útil en aquel taller de reparación de personas, que, al fin y al cabo, es un hospital.

La dura disciplina que se impuso al principio de su carrera profesional, la siguió manteniendo durante toda su vida hospitalaria.

La sociedad sólo le pedía que curara enfermos, y eso bien lo sabía hacer. Hablar de cosas banales o presumir en el hospital de asuntos que no venían a cuento, no servía para sanar a enfermos.

Pero en su vida privada, aparte de su familia, tenía una afición que no compartía con nadie, la literatura. Leía novelas en español y en francés, y hasta en vasco; pero de éstas escaseaban las existencias.

Otra afición del doctor Ariamendi era escribir poesías, que las hacía en euskera, de forma que nadie las podía entender en la ciudad donde residía. Ni su propia mujer.

Como persona medianamente acomodada, su vida transcurrió tranquila, sin sobresaltos, fuera de su tierra natal, pero no lejos. Su hijo mayor estudió medicina, y estaba haciendo la especialidad de oncología radiológica en Valencia. Su hija, estudió biología y trabajaba de profesora en un instituto de Burgos. Buenos estudiantes habían sido, y ya no tenía obligaciones monetarias hacia ellos. Su vida, en Santander, había transcurrido mejor de lo previsto.

Pero un domingo lluvioso de octubre, cuando volvía de Bilbao con su mujer, a donde fueron a visitar a sus hermanos, un camión se le atravesó, y al chocar, murió su mujer en el acto. Él quedó ileso, pero una profunda depresión le obligó a guardar baja laboral durante unos cinco meses. Nadie en el hospital recordaba haberle visto nunca enfermo. Considerado como un robot programado para la medicina, ahora se daban cuenta de que era un ser humano como otro más.

Los tratamientos con tranquilizantes y antidepresivos consiguieron que volviera al trabajo; su ánimos, aparentemente, se había levantado, aunque no del todo, pero el psiquiatra y él mismo consideraron que su reincorporación al hospital contribuiría a darle el último empujón hacia la normalización.

A pesar de las dificultades, cumplía con su labor. No leía ni de medicina ni de literatura. De escribir para revistas médicas o de hacer poesías… ¡ni hablar!

Una tarde, estando de guardia, se atrevió a hojear una revista médica. ¿síntoma de mejoría…? Tal vez. Lo cierto es que leyó un artículo, y al pasar la última hoja, vio un anuncio de concurso del antiguo cuerpo al que pertenecía, el de médicos titulares de municipios, del que aún se encontraba en situación de excedencia, y la idea de un cambio le vino a la cabeza… Si, ya no le quedaba otra solución que alejarse para siempre del ambiente de la ciudad en que vivía. Tal vez fuera por un sentimiento de suicidio menor, el que le llevara a fijarse en el sitio más alejado del que se encontraba, que era Tenerife. Allí había cuatro plazas vacantes. Y como quien se lanza

al vacío, a la mañana siguiente, estaba en la oficina correspondiente rellenando la instancia y los formularios.

En aquel lugar, tan alejado, el clima y el ambiente tendrían que ser muy diferentes, y le ayudarían a aminorar la pena y el dolor que le atormentaban.

- Aunque siento muchísimo que te vayas, creo que has tomado una buena decisión. Desde hace dos años llevo yo pensando en lo mismo, y no lo hacía porque tú estabas aquí- le dijo el compañero que le había ayudado a incorporarse al hospital, y añadió: - Esto ya no es lo mismo. Los tiempos han cambiado para peor. Y no es que nos hayamos hecho viejos. Antes nadie se metía con nosotros. Trabajábamos y se nos respetaba… Nos dejaban trabajar… Ahora con los cambios que ha habido, esos politicastros de pacotilla, ocupando cargos en la administración nos hacen la vida imposible… Siempre espiando lo que decimos… Tienen que justificar los cargos que han creado con su nueva democracia. Ahí ves ese edificio nuevo para administración… ¡Es más grande que es hospital…! Y decían que con los ordenadores se iba a facilitar la organización administrativa y a reducir el personal burocrático… ¡Y lo han triplicado…! ¡Ha que dar trabajo a los del partido gobernante, y bien pagados…, ¡que para eso es la democracia; y a nosotros, ¡que nos parta un rayo…! Ahora vienen los superespecialistas. Me han impuesto en mi servicio a un mequetrefe que dice que es superespecialista en colon… ¡y que no le hablen de otra cosa! Yo no digo que no sepa de colon, sino que, además se cree que es el único que sabe de eso. ¡Como si los demás no supiéramos nada…! Tú ya te marchas… Sin ti, yo ya no me encontraré en el hospital. Tú eras el que me resolvía todos mis problemas en el hospital. Sin ti, ya no seré nada aquí. Durante todos estos años, iba a consultarte todas las dudas, no sólo de tu especialidad, sino de casi todas; incluso de la mía.
- ¡No exageres!- dijo Fausto.
- No exagero, sino que es verdad. Y si tú te vas, yo también me voy. Ya estoy cansado de este hospital. Trabajaré exclusivamente en la clínica donde hago los cáncamos… Me limitaré a operar hernias, apéndices y quistecitos… Y sólo unas horas por las mañanas. ¡Para qué más! Con los cuatro apartamentos y los dos locales comerciales alquilados, tendré medios suficientes para vivir bien, y con muchos menos disgustos y enfados que ahora. Tú, completamente aislado del mundo, en los libros, no te dabas cuenta de lo que estaba pasando.
- Darme cuenta, si me daba. Pero no me atrevía a decir nada, no fuera que me llamaran quejica, o que se tratara de imaginaciones mías, sin fundamento real, a causa de las contrariedades con las que tropezaba- le replicó Fausto.

- De los que empezaron cuando se fundó el hospital, ya no queda nadie. Al principio esto era una maravilla, pero ha ido degenerando, y en los últimos años, la situación se ha hecho insoportable. Ya sólo quedamos tú y yo. Si quieres que te diga la verdad, haces bien en irte. Lo que lamento, es que te vayas tan lejos. Solicita una plaza de ambulatorio aquí, y ya te buscaré un puesto en la clínica, para que sigamos juntos.
- Yo no quiero solamente aislarme del hospital, sino de todo
- Lo comprendo. Pero, cuando te hayas recuperado del trauma, o estés cansado de estar allá, llámame y te buscaré en la clínica un puesto.

Y Fausto se marchó. Atravesó toda la península en tren, llegando a Cádiz, donde subió al barco que le llevaría a Tenerife, lugar en que le habían concedido la plaza.

Un mes después, su amigo abandonó el hospital.

2ª parte

SAN BORONDÓN

I

El Barco en que viajaba Fausto Ariamendi se acercaba a Tenerife. Al avistar la isla, y según se iba acercando a su destino, pudo ir apreciando cuán montañosa era esa tierra; tanto como la que había abandonado. Y se puso muy contento cuando pudo distinguir un pico que ya conocía desde el bachillerato, el Teide, sobresaliendo a un grupo de nubes. Muy alto tenía que ser, según había leído y parecía desde el barco… "¡Ya tendría tiempo de visitarlo y caminarlo!", pensaba mientras contemplaba el panorama.

Después de bajar a tierra y de alojarse en un hostal, se dirigió al edificio donde se encontraba la oficina en que debía tomar posesión de su cargo. Sorprendido se vio, pues le dijeron que allí no podía ser, sino en otra isla. En el estado confuso en que se encontraba, y por lo que pidió traslado, y si alguna vez lo supo, ya lo había olvidado, no se dio cuenta que donde decía Santa Cruz de Tenerife, no se refería ni a una ciudad ni a una isla, sino a una provincia. Si bien su trayectoria profesional era inmejorable, en el cuerpo e titulares, donde se encontraba en situación de excedente desde hacía muchos años, su puntuación era muy escasa, por lo que le correspondía uno de los pueblos más alejados de la provincia. Con que de capital o de cercanía a ésta, nada. Si quería acercarse o llegar a la capital, todavía tendría que hacer durante algún tiempo de gorrión como al principio. La verdad es que no le importó mucho. Tal vez fuera lo mejor el volver a empezar de nuevo en un pueblo.

Así a los dos días, embarcó en un pequeño barco hacia la pequeña isla que le correspondía en su destino. De nuevo en tierra, después de firmar la toma de posesión ante la autoridad sanitaria de la isla, se le ordenó que se dirigiera directamente a su destino, y lo más rápido que pudiera.

En un taxi se encaminó hacia el pueblo. La verdad es que le encantó el paseo. Se quedó prendado de los campos de plataneras, de los caseríos con sus blancas casitas, de los grandes cardones, que él, como todo el mundo, consideraba cactus, y, sobre todo, de la frondosidad de las palmeras que tanto abundaban por el paisaje. Aquello era más hermoso de lo que él se había podido imaginar. Centenares de curvas ayudaron a que el viaje durara demasiado tiempo para la distancia que tenían que recorrer, permitiendo a Fausto disfrutar de lo que veía. Entre barrancos y valles el taxi avanzaba por el escabroso terreno. Hacia el sur, ascendían esos accidentes hasta las alejadas cumbres, y a su derecha, hacia el norte, descendía hacia el mar la escabrosa orografía, con sus parcelas de plataneras. Sin duda alguna, era el territorio más barranquero que había visto en su vida.

- ¿Cuándo llevan agua estos barrancos?- preguntó Fausto al coger.
- Cuando llueve mucho.
- ¿Y en qué épocas ocurre eso?
- Muy rara vez. Antes llovía con más frecuencia y abundancia, pero últimamente es difícil ver una buena lluvia. Dicen que estamos en un período de sequía.

En largo viaje en tren y en barco le había sentado bien, pero fue este último trayecto el que más le había gustado; tal vez por la abundancia de palmeras.

Y así, observando el paisaje e intercambiando palabras sin importancia con el conductor, llegó el taxi a su destino.

- ¿Dónde le dejo?- preguntó el taxista.

- En el Ayuntamiento- le respondió, mientras le vino a la cabeza de que tenía que buscar lugar donde alojarse.

Después de pagar al taxista, dejó las maletas en la puerta del edificio, que como en todas partes estaba en la plaza, no lejos de la iglesia, y entró, mientras oía gritería de niños; de lo que se deducía que la escuela también estaba cercana y que era la hora del recreo.

En el vestíbulo, detrás de una mesa, estaba sentada una jovencita, a la que se dirigió, diciéndole:

- Buenos días; soy el nuevo médico titular del municipio, y tengo que presentarme al alcalde- y le mostró el nombramiento.
- Un momento. Espere aquí que ahora mismo le aviso- le contestó.

"Un poco viejo y gastado para ser nuevo", pensaba la chica mientras se levantaba para dirigirse al despacho de la primera autoridad, donde entró.

- Ya puede pasar- le dijo al salir.

Fausto entró en lo que era un despacho elegante, y vio, detrás de una gran mesa de escritorio, sentado con la cabeza gacha, leyendo un papel, a un hombre, algo mayor, grueso con pelo espeso, bastantes canas, de piel oscura, que, sin mirarle, ni contestarle al saludo de buenos días que le dio, le espetó:

- Usted ya sabe que debe permanecer las veinticuatros horas del día en el municipio, localizable en cada momento. Bajo ningún pretexto puede abandonarlo. Debe atender a todo el mundo. Me dará semanalmente cuenta de todos los incidentes, por escrito. A los de beneficencia, sin cobrarles. A los del seguro, también, si llevan cartilla. Irá a los domicilios que se le requiera, ya sea de día o de noche. A los encamados, los visitará cuando corresponda. Todos los años tendrá que hacer unas visitas a las escuelas para la cuestión de las vacunaciones. Como jefe local de sanidad, asistirá a los plenos del Ayuntamiento, cuando se lo exijan. Si no cumple estas normas, o las órdenes que yo le dé, será penalizado por desobediencia y desacato a la autoridad. No le toleraré ni el más mínimo quebrantamiento de las ordenanzas ni impertinencias. Ahora vaya a la casa del médico, para que el practicante le ponga al corriente de otros asuntos y le indique como se hace la asistencia sanitaria aquí. ¡Hemos acabado por hoy! Ya puede retirarse- y dio un puñetazo sobre la mesa.

El doctor Ariamendi salió del despacho del alcalde sin despedirse. ¿Para qué…? Era el primer alcalde “democrático” que conocía…

Entregó a la recepcionista la hoja de su nombramiento que correspondía a la autoridad y abandonó la Casa Consistorial.

A la primera persona que pasaba por la plaza le preguntó donde se encontraba la casa del médico. Por suerte, ya que llevaba dos maletas grandes, estaba muy próxima.

Allí encontró al practicante, que también ejercía su función en el mismo edificio. Se saludaron, y sin que Fausto le preguntara nada, comenzó a darle órdenes sobre lo que tenía y no tenía que hacer, a lo que no prestó ninguna atención, ya que sabía perfectamente cuales eran sus deberes en un pueblo.

- ¿Trajo usted el sello?- le preguntó el practicante al acabar su sermón.
- Si- le respondió Fausto
- Pues ponga el sello en estas recetas y fírmelas. El anterior, al enterarse de que usted llegaba hoy, se marchó de prisa esta mañana y las dejó sin firmar.
- ¿Para quién son?
- Son para un enfermo muy mayor, que está encamado y no puede venir a recogerlas.
- Lo mejor sería que fuera a verle antes de firmarlas.

- Bueno… En realidad no son para ese enfermo… El que figura en los datos lleva otro tratamiento. Son para el hermano del alcalde- continuó el practicante-. Padece de colesterol, y necesita estas medicinas.
- Pero esas recetas son de color rojo, para pensionistas, y el hermano debe ser aún joven, laboralmente activo.
- Ya sabe usted, don Fausto; en los pueblos todos nos conocemos. Tenemos que ayudarnos. Todos somos amigos, y todos tenemos necesidad de los demás. Hoy por ti, mañana por mí- le respondió el practicante.
- Que venga a la consulta y yo le prescribiré lo que considere conveniente, en las que le corresponden por laboralmente activo.
- Entonces tendrá que pagar.
- La parte que le corresponde, como cualquier otro.

En esto entró la señora de la limpieza interrumpiendo la conversación entre los dos sanitarios, que le indicó que ya podía tomar posesión de la vivienda del médico, situada en el piso superior. Esta era una ventaja que había ya olvidado, y de la que había disfrutado en el pueblo de la Sierra. Significaba que tenía casa, agua y luz gratis… Un ahorro era… o, más bien, una compensación por el sueldo bajo.

Aquella mañana pocos enfermos tuvo, por lo que pronto subió a tomar posesión de su nueva casa, donde había de todo lo indispensable en mobiliario y en cosas de cocina; no necesitando comprar nada al respecto.

Aquel día comió en la única fonda del pueblo, pero por la tarde compró en la tienda comida para hacérsela él mismo en la casa. No quería, como en otras ocasiones, que le vieran frecuentar el único bar del pueblo. Ni para comer, pues en nada se parecía a aquel subdirector del sanatorio de la Sierra.

Después de muchos años volvía a dormir, como médico, en un pueblo.

II

La verdadera labor de Fausto en el pueblo comenzó al siguiente día de su llegada. Por suerte, el trabajo no fue mucho, lo que le permitió observar a los enfermos con tranquilidad. Así pasaron varios días sin que ninguna visita domiciliaria urgente o novedad digna de mención alterara su tranquila vida, hasta que una mañana apareció una jovencita en su consulta.

- Vengo a que me dé los dos pases para ir a Tenerife- le dijo
- ¿Cómo dos pases? Con uno es suficiente.
- ¡No! Uno para el oftalmólogo, y el otro para que la Seguridad social me costee el viaje a Tenerife.

Fausto desconocía esta peculiaridad entre las islas.

- ¿Y de qué enfermedad quieren que la observen?
- Padezco de miopía y necesito graduarme la vista. Los cristales que tengo ya no me sirven.

- Tengo un juego de lentes… Espere un momento, que ahora los traeré.

Al volver traía una cajita y una tabla con letras que colocó en la pared. A continuación puso un portacristales en la cara de la muchacha en la que colocó diferentes lentes, comprobando minuciosamente el estado de la vista.

- Ni usted tiene miopía, ni irá al oftalmólogo ni a Tenerife.

La chica bajó la cabeza y salió de la consulta sin decir palabra.

A los pocos minutos, cuando el médico estaba atendiendo a otro enfermo, reabrió bruscamente la puerta y apareció el practicante con cara de indignación.

- ¿Porqué no le dio usted los pases a mi sobrina para ir al oftalmólogo?- le preguntó a gritos.

- Porque no tiene enfermedades en los ojos.

- ¡Tiene que dárselos!- Le volvió a gritar a Fausto- Usted no es quién para decir que no tiene miopía. Si no se lo da, le denunciaré al inspector médico.

- Denúncieme a quien quiera. No estoy dispuesto a regalar un viaje a quien se le antoje.

El practicante se marchó echando maldiciones. Fausto se quedó con cara de preocupado, pero el paciente, que en ese momento estaba tratando, un hombre ya mayor, le consoló de la siguiente forma:

- No se preocupe por lo que le ha dicho don Emiliano. Su sobrina tiene a su novio estudiando en Tenerife y quiere ir a pasar el fin de semana con él. Ahora tendrá que pagarse el viaje de su bolsillo. Le quedará menos para divertirse… Algunos hacen eso aquí. Si les quiere complacer se los hace. Todos lo han hecho hasta ahora.

Los días continuaron. Tuvo algún incidente con el practicante, pero fueron de menor importancia. Apenas trataba con la gente del pueblo fuera de la consulta; más bien, se podría decir que no trataba con nadie. Pero una tarde en que se fue a pasear por el pueblo, en vez de hacerlo por el campo- aunque nunca se alejaba mucho de la casa-, se le acercó un hombre joven, que al saludarle se presentó:

- Buenas tardes. Usted debe ser el nuevo médico. Yo soy el maestro del pueblo… Me llamo Salomón Alonso.
- Buenas tardes, ¿Se encuentra usted enfermo? Yo me llamo Fausto Ariamendi- y le estrechó la mano.
- De momento, no. Tal vez algún día… Como usted es nuevo en el pueblo, quería ofrecerme por si necesita algo, aunque un maestro poco pueda ofrecer.
- ¡Oh, muchísimas gracias! Pero no preciso de nada…, pero ya que se ofrece, quiero consultarle algo- y le refirió lo de los viajes amañados que le había contado el paciente, con mucho tacto, y teniendo sumo cuidado para que no se relacionara con nadie, como si se hubiera tratado de una conversación sin importancia fuera de la consulta.
- Bueno…- le respondió el maestro.- Eso es una práctica habitual en el pueblo. Muchos que quieren viajar a Tenerife, se inventan una enfermedad, y la mutua o el seguro les paga el viaje…
- Pero eso no está permitido. Las autoridades pueden sancionar al médico por hacer eso.
- No se preocupe. Los allegados a la autoridad son los primeros en beneficiarse de esos chanchullos.
- Pero eso es corrupción, y es inaudito en un país que se considera democrático.
- Aquí manda el caciquismo. Hoy igual que ayer. Todos los médicos anteriores agachaban la cabeza y hacían lo que decían los que mandan. Usted tendrá que hacer lo mismo.

Además, para ellos, lo de los viajes a Tenerife es una cosa pequeña, pecata minuta en comparación con los viajes que se hacen a la Península y al extranjero a costa de las arcas municipales

- Pero los anteriores médicos, según tengo entendido eran interinos, y yo soy titular. Por lo tanto, tengo mayor responsabilidad… No puedo tolerar eso. No me manejarán a su antojo.
- Usted tendrá que hacer como todos. Firmar y callar. No se meta en líos. Siga la corriente… Cosas peores que los viajes verá. Y no olvide que los caciques son muy malos. La democracia estará bien en las capitales, pero en los pueblos pequeños todo seguirá igual.

Desde este momento tuvo amistad con el maestro. Ya tenía con quien hablar en el pueblo. De tal forma que otro día le preguntó:

- ¿También se meten con ustedes los caciques?
- También lo hacen, aunque en menor cuantía. Pero de eso se encargan unos inspectores. Han hipertrofiado ese cuerpo para dar trabajo y mejores sueldos a sus amigos y cada poco, como no tienen nada que hacer, vienen a incordiarnos con el cómo tenemos que hacer para educar a los niños. Dicen que como ha llegado la democracia tenemos que cambiar la historia, la geografía, y hasta la gramática. Si sigo sus métodos, los niños no aprenderán nada… Yo me callo, o les digo que sí, luego les enseño según los métodos clásicos, así tendrán una mejor idea de esas materias.
- Pero ellos comprobarán que usted no sigue sus recomendaciones
- ¿Esa partida de vagos? ¡Ni hablar! Ellos no comprueban nada. Tal vez no quieran ver los desastres que hacen.
- Otra pregunta quiero hacerle: ¿Qué significa San Borondón? Porque a varios de mis enfermos, al preguntarles dónde viven me contestan que en San Borondón, y ni en el mapa ni en los planos del municipio que hay en la casa del médico figura ese lugar.
- Primero, ese lugar no existe. Es una leyenda que corre por estos lugares sobre una isla misteriosa que aparece y desaparece e el mar. Y, segundo, ese es el nombre que la gente le da al núcleo principal del municipio. A las autoridades no les gusta; por eso no figura en ningún sitio. Lo consideran un nombre despectivo. Prefieren el nombre oficial, con seis sílabas. Ya sabe usted, las ciudades grandes, solo necesitan un nombre pequeño, y ahí están Londres, Madrid, París, Berlín… Los pueblos como éste necesitan un nombre grande… Será para que se fijen en ellos. San Borondón también es un santo imaginario.

El pueblo que le había tocado, era pintoresco, muy diferente de los que había conocido en Castilla al principio de su carrera profesional. Aquellos estaban en las llanuras de la meseta. Éste, en un valle que corría entre dos hileras montañosas, que más bien podría considerársele una cañada, un poco amplia, del barranco que bajaba por la parte más honda. Desde que se construyó una presa, un poco más arriba del pueblo, ya no volvió a correr más agua en las épocas de lluvia.

De urbanización, aparte de la plaza, sólo se podía hablar de tres calles, un poco largas y estrechas, que corrían paralelas por la orilla izquierda del barranco. Constituido por casa pequeñas y blancas, en su mayoría. Las pocas grandes, de dos plantas, indicaban que pertenecían a gentes pudientes; de éstas, la mitad estaban vacías, ya que sus propietarios se habían trasladado a la capital o a Tenerife, donde la vida les ofrecía más alicientes y posibilidades. También el pueblo había perdido más de la mitad de sus habitantes en los últimos treinta años. Varias casas pequeñas rodeaban al núcleo principal, y desde la casa del médico, Fausto podía divisar seis de sus pagos. El séptimo no pedía verlo por encontrarse en la playa, ya que un recodo del valle le impedía su vista.

En lo referente al municipio, hay que decir, que se iniciaba en la cumbre don estaba el bosque y no vivía nadie. Luego, bajaba por un barranco con un valle muy estrecho. Era muy largo, pero el ancho nunca alcanzaba el kilómetro. Le hubiera gustado darse un paseo por el bosque, pero no le estaba permitido desplazarse a lugares no habitados.

A la playa no se la veía, porque, como hemos dicho, desde el núcleo, no se podía divisar el mar, ya que las crestas montañosas del valle, en su descenso, hacían un recodo al abandonar el pueblo, impidiéndole ver nada hacia el norte. Allí no tenía que ir, ya que al estar lejos, el camino ser malo, los habitantes de la playa preferían ir al médico del municipio vecino, cuyo núcleo les quedaba más cerca, al desaparecer la zona montañosa por esa zona… Eso le ahorraba el trabajo. Desde el monte bajaban los campesinos con los burros cargados de pinocha, y desde la playa subían los pescadores con burros con el pescado.

El concepto que tenía de que la gente del sur era muy débil, lo tuvo que ir cambiando, e ir considerando, poco a poco, que aquella gente era de acero. Se quejaban muy poco, y eran raras las visitas domiciliarias que debía realizar. Acostumbrado como estaba a ver aquellas enormes extensiones de tierra, le parecía increíble que la gente pudiera vivir de tan poco y escabroso terrenos, y se acostumbraba a verlos subir por aquellas laderas tan empinadas a trabajar una insignificante parcela. El secreto estaba en el plátano que entonces estaba bien pagado. Vacas veía muy pocas, abundando, en cambio la cabra, cuyo queso le gustaba mucho.

La mayoría de las plataneras, se encontraban en el llano del fondo del valle, que en realidad era el cauce del barranco, y que consumían la mayor parte del agua de la presa. También se podían distinguir plantaciones de este fruto en las laderas.

El silencio, cuyo sonido había olvidado en la ciudad, volvía a sentirlo de nuevo. Pocos vehículos a motor alteraban la calma, los animales poco alboroto armaban, aunque se despertaba al canto del gallo. Desde el balcón de la casa del médico podía ver una magnífica vista del valle, que al estar abundantemente cubierto de palmeras, le gustaba más por ser su árbol preferido, habiendo una, entre todas, que consideraba su favorita; la que tenía enfrente de su balcón, muy alta, al otro lado del barranco, cerca de una casita aislada. Todos los días, al levantarse, le daba los buenos días. Debería tener unos cien años, y le dedicó una poesía. También dedicó algunas más al valle y al pueblo, que nadie leería…

En realidad, Fausto consideraba a aquel valle como un pequeño paraíso. Así sería, si no fuera por un pequeño grupo de personas que se habían empeñado en que fuera lo contrario.

III

Los habitantes del pueblo se fueron dando cuenta, con el tiempo, de que aquel no era un médico como a los que estaban acostumbrados. Le consideraban demasiado serio, un poco seco, pero sabía de medicina y era amable con los pacientes a pesar de su poca expresividad. Los más entendidos del pueblo no comprendían cómo aquel hombre de aquella categoría había podido ir a parar a aquel lugar. Él era consciente del aprecio de sus pacientes, en contraste claro con el repudio de la administración. Nunca se había peleado con nadie, y ahora tenía que hacerlo con varios. Y era con su colaborador más cercano con el que tenía más problemas.

Una mañana, con más cara de pocos amigos que habitualmente, entró súbitamente el practicante en su consulta, y le gritó con voz enérgica:

- ¿Porqué no receta los medicamentos que están en el botiquín? Esta es una norma que aquí se sigue desde hace años, si no la sigue, le hace un gran daño a los enfermos, ya que tienen que desplazarse al pueblo de al lado para comprarlos en la farmacia.
- Y yo pregunto, ¿porqué no traen los medicamentos que yo prescribo?
- Eso no se puede hacer. Todos los médicos que han estado aquí, tenían la obligación de prescribirlos, y así lo hacían. Esa es la orden de don Isaac, y ¡basta!
- No los prescribo porque no me gusta prescribir medicinas obsoletas a mis pacientes. Tengo la costumbre de recomendarles lo mejor, y lo que usted tiene ahí ya está desfasado.
- ¡Pues eso no le va a gustar nada a don Isaac! ¡Aténgase a las consecuencias!
- Nunca he oído hablar de ese señor. ¡Ni me interesa!
- ¡Cómo! ¿Usted no le conoce?

Los incidentes se sucedían. El negarse a dar dos bajas por enfermedad a dos personas del entorno del alcalde, produjo gran indignación en la corporación municipal, a pesar de que esos

señores no estaban enfermos, pero que necesitaban esos días libres para sus propios asuntos. El colmo llegó cuando se negó a dar el alta a dos trabajadores del Ayuntamiento, cuya alta había ordenado el secretario. Esto provocaba disgusto en la Corporación Municipal, sentimiento que, junto con amenazas, era transmitido a Fausto a través del correveidile del alcalde, el practicante, que, a su vez, era miembro importante del partido gobernante.

Los enfrentamientos con el alcalde y el practicante parecía que no afectaba al médico, porque, acostumbrado como estaba a saber disimular, no hacía expresión de la contrariedad que le provocaba la intromisión de esos personajes en su labor… Pero sí minaban su estado de ánimo Quería vivir tranquilo, aminorar en lo posible el impacto en su memoria de su accidente…, pero estos nuevos sinsabores se lo impedían. Y al atardecer le entraba morriña. Se acordaba de su mujer, de sus hijos y de la tierra que había dejado atrás. Pero aquello había dejado de existir. Los hijos ya no necesitaban de él. Con lo que ganaban y con la renta del piso alquilado, que él les había cedido, tenían más que suficiente para vivir decentemente, y ya podían prescindir del padre… De volver al hospital… eso ni pensarlo. Además, su plaza ya estaba ocupada… Entre estos y otros pensamientos le venían ganas de llorar… y lo hacía. Pero comprendiendo que llorando no conseguiría nada, ni nadie iba a hacer caso de sus lágrimas, comenzó a tomar de nuevo tranquilizantes.

Un día tuvo que asistir a un pleno del Ayuntamiento para dar cuenta del estado sanitario del pueblo y de la marcha de las vacunaciones.

- ¿Porqué usted no me saluda cuando me ve por la calle?- le preguntó el alcalde al verle en la sala de juntas
- No tengo por costumbre saludar a cualquier individuo con el que me tropiece- le contestó.
- ¡Yo no soy un individuo! ¡Soy la máxima autoridad en el pueblo!- le gritó el alcalde, enfurecido, dando un puñetazo sobre la mesa.

Aquella misma tarde, se encontró con el maestro, y como era, prácticamente, la única persona con la que hablaba en el pueblo, le volvió a contar sus problemas y los enfrentamientos que tenía.

- …No me explico como una bestia como esa pudo ser elegida democráticamente- comentó Fausto al final de la exposición de lamentos.
- Este pueblo queda lejos de todas partes y de todo…, y también de lo que se llama democracia, y si la hay es sólo para los caciques, y este antiguo mal, muy difícilmente será erradicado; además, no existe ningún interés en ello. Y se conserva de muchas formas… Un ejemplo: el día de las elecciones, se colocan estratégicamente, en la plaza,

unos lacayos del Ayuntamiento que observan a todo el que entra a votar. Pobre del peón que se le ocurra entrar en la cabina; ese no será contratado para trabajar durante el resto del año. Lo mismo le ocurriría si es su mujer… Al que se presenta en otra candidatura, todo son amenazas, despido fácil, multas, impuestos de más, etc… Les dan el voto en la mano antes de votar.

- ¿Y a usted también le obligan a votar por este alcalde?
- ¡Yo, no! Yo voto en mi municipio. El que está al otro lado de esa cadena montañosa. Allí también existe caciquismo, pero no alcanza los niveles de éste. Tal vez por ser más extenso y tener más habitantes. Allí hay más vida social. Este pueblo es muy pequeño, y los capitostes sólo se ocupan de pequeñeces, de celos estúpidos y de tonterías… Son como niños. Pero no se preocupe mucho, pronto los maestros y los médicos pasaremos a ser "pecata minuta" para estos caciques. El interés de las cacicadas se concentrará en la zona turística, que les dará más beneficios. El municipio dispone de una buena playa que pronto se convertirá en una zona de hoteles. Ya existe un edificio de apartamentos dedicado a ese fin. No lejos de allí, hay un pequeño caserío abandonado, donde se han acomodado un grupo de extranjeros que se dedican especialmente al cultivo de la marihuana. Pronto se iniciará la construcción de un gran hotel y de tres bloques de apartamentos. Sobre las especulaciones y trapicheos que hay en marcha, habría mucho que decir.
- ¿Pero se permite plantar marihuana?
- Claro que no; pero a esas alturas, en una zona rocosa, la autoridad ni se acerca. Además, tratándose de europeos, se hace la vista gorda…, con que ¡buenas noches don Fausto!- y así concluyó aquella conversación con el maestro.

En este momento, es cuando se dio cuenta, que desde que llegó al pueblo, había dejado de ser el doctor Ariamendi. Ahora era de nuevo el don Fausto, como cuando era médico joven en los pueblos de Castilla.

Una mañana recibió un recado del secretario del Ayuntamiento en que le decía presentarse urgentemente en su despacho. Lo hizo sin demora.

- Hemos recibido de la Guardia Civil un informe en que dice que usted estuvo detenido por comunista y está considerado como revolucionario medianamente peligroso. ¡Con que cuidado con lo que hace en el pueblo!- le espetó a gritos el funcionario.

El asombro de Fausto fue grande. ¿De donde sacaba aquella bestia esa conclusión?. Jamás había pertenecido a ningún partido político ni había votado en su vida, y del comunismo sabía tanto como nada.

- Pero el Partido Comunista es legal en España- se le ocurrió contestar dentro del desconcierto que le producía aquella aseveración.
- ¡No sea insolente ante la autoridad!- le gritó el secretario dando un puñetazo sobre la mesa, y añadió- Si usted sigue haciendo granujadas en el pueblo, mandaremos a la Guardia Civil para que le detengan… ¡Pues bien fichado que le tienen…! ¡Lo que nos mandan de fuera…!

De allí salió desconcertado e indignado. Aparte de ser falso, todo lo que dijo aquella bestia, ¿quiénes eran ellos para hacer averiguaciones sobre sus ideas políticas?

Desconcertado, empezó a escudriñar en su cerebro de dónde podían haber sacado aquellas bestias lo que decían ahora de él, y que eran falsas del todo. Tiempo le costó, pero después de mucho divagar y pensar en el asunto, algo le vino a la cabeza… Eso fue hacia el año 1974. Un día, a la salida del trabajo, un compañero le pidió que le acompañara a un centro cultural, donde se celebraba una reunión de la Asociación de Médicos Demócratas. Como nada tenía que hacer, le acompañó. A la hora de comenzar la reunión, de la que sólo se acordaba el aburrimiento que le producía, irrumpió la policía en el recinto y se llevo a los diez médicos allí presentes a la comisaría. En ese lugar permaneció hasta las dos de la madrugada en que terminó su interrogatorio.

- ¡Usted es el que menos cosas!- Es que no sabe que se trataba de una conspiración comunista de alta envergadura. Bueno… ¡Márchese, márchese!- le dijo el de la Brigada Político Social.

¡Qué iba a decir si él no sabía nada de nada, y era la primera vez que participaba en una reunión de este tipo!

La verdad es que salió de la comisaría sin darle mayor importancia al asunto, y en los días siguientes no volvieron a molestarle. Tampoco en los meses siguientes nadie vino a recordarle aquel incidente, con lo que al olvido se fue relegando aquel asunto sin importancia.

IV

Nunca se le vino a la imaginación que pudiera estar tan controlado políticamente cuando no había hecho nada. Después el enfrentamiento con el alcalde estuvo amedrentado durante unos cuantos días, y tenía el sentimiento de que le iban persiguiendo cuando iba por la calle, de tal forma, que cada poco tiempo se volvía hacia atrás, no fueran a cogerle desprevenido. Especial angustia le provocaba pasar por el cuartel de la Guardia Civil. Lo cierto es que su moral se iba minando.

A los dos días del enfrentamiento sobre el informe policial, el maestro fue a visitar a Fausto, y le dijo:

- Ya me enteré de las amenazas del alcalde por el informe que recibió. Pero no se desanime ni pierda la confianza. Algún día se cansarán de hacer maldades… Aparte de eso, todos estamos fichados. A mi me detuvieron durante la transición, hace tres años, cuando estaba haciendo el servicio militar en la Península, la Guardia Civil llamó por teléfono a mi madre para que se presentara urgentemente en el cuartel para interrogarla sobre mí, ya que no me podían localizar. Les dijo en que lugar estaba. Que me hubieran detenido entonces por un motivo político no me molestó mucho, pero que hayan molestado a mi madre por mí y que le hayan faltado al respeto, lo tengo bien clavado, y no se los perdono, aunque digan que son mandados.

- Gracias por su interés, porque eso de verme fichado, me causó un fuerte desagrado. ¿Y usted cómo se enteró de eso?

- La chica que está en la antesala del alcalde es mi novia. Pero no le diga a nadie que me lo contó, porque peligraría su puesto y no le conviene que la despidan.

- Comprendo, pero ¿a quién le iba yo a contar nada si no hablo más que con usted y con el de la tienda? Y a ése no le cuento nada.

- Usted vino a fastidiarles el trapicheo de los medicamentos, que hacían con el botiquín por no haber farmacia, además del de los viajes, y el de las bajas laborales, y algunos más… Claro, eso se no lo perdonan. Tenga paciencia y ya se irán cansando. ¿Y usted que usa para entretenerse?

- Después de haberme leído las tres novelas que compré durante el viaje y otras tres del Oeste Americano que dejó aquí mi predecesor, me tengo que conformar con los libros de medicina y las revistas médicas que recibo cada poco tiempo.

- ¿No tiene ni televisión ni radio?

- Pues no.

- Tengo dos transistores. Ahora mismo voy a buscarle uno. Así podrá entretenerse con música y enterarse de lo que sucede en el mundo. También le traeré dos novelas de dos escritores regionales, que tengo la seguridad que no ha leído. Y ya le iré trayendo más cuando regrese los lunes de los fines de semana en mi pueblo.

La bella vista del valle desde el balcón de la casa del médico era, en el pueblo, el principal entretenimiento de Fausto. Todas las tardes se pasaba un buen rato contemplando aquella maravilla hasta que la oscuridad le impedía su visión. Desde allí saludaba todas las mañanas con unos buenos días a la que él, a falta de un animalito en casa, consideraba su mascota, una palmera, muy alta, que situada al otro lado del barranco, enfrente mismo del balcón, sobresalía sobre la cresta montañosa. “Algún día me acercaré a saludarla”.

Más por entretenerse que por un interés científico, intentó buscar, para clasificar, patologías especiales en el pueblo pero sólo pudo detectar a una señora mayor con señales de “fascies leonina”, propia de la lepra, ya curada. Su hijo, con el que convivía, también había pasado la enfermedad sin dejar huellas. Su marido, ya fallecido, también la padeció. Su casa estaba aislada, al otro lado del valle, en la parte más alta a donde se podía llegar por un camino. Por allí, aparte del médico, no se acercaba nadie, ya que era llamada la casa de los leprosos; lugar maldito para los habitantes del valle. Su hijo y su nuera, que no era del pueblo, porque ninguna muchacha que se preciara en el lugar, se hubiera casado con él, sólo bajaban al pueblo para las necesidades más imperiosas. Él cultivaba unos terrenos que poseían alrededor de la casa; casa que su mujer se preocupaba de que brillara por su limpieza. Tenían una niña que bajaba todos los días a la escuela y que se sentaba siempre en la última fila, sola, sin compañía. Cuando salía al recreo, se apartaba de los otros también, y sentada en una escalera veía como jugaban los demás. Siempre iba impecablemente limpia. El maestro intentó varias veces convencerla para que se uniera a las otras niñas en los juegos, pero ellas las rehuía muy diplomáticamente, pues ya

venía bien aleccionada por sus padres, para que, evitando contactos, se librara de reproches y situaciones violentas. Eran los leprosos del pueblo, y para eludir discriminaciones de los otros, ellos mismos se discriminaban. ¿Qué podían hacer contra miles de años de leyenda negra?. Las otras familias que habían padecido la enfermedad, ya hacía tiempo que habían emigrado, y ellos también esperaban una ocasión propicia. Lejos, dejarían de ser los malditos. Y no se marcharían por ellos, sino por la niña.

Los incidentes con el practicante continuaban, a pesar de los esfuerzos que Fausto hacía por evitarlos. Quería quitarle importancia haciéndose a la idea de que no tenía que tomar en consideración las opiniones de gente tan mezquina… Pero no le era del todo posible, afectando a su estado de ánimo.

Conversaciones con el maestro eran su principal entretenimiento. El maestro, por razón de su novia, tomaba precauciones para las entrevistas, haciendo las visitas del noche, para que no le vieran. Por suerte, la iluminación del pueblo era escasa, y a esas horas el practicante ya no estaba.

- No hay que amargarse la vida porque una minoría de granujas se hayan colocado arriba. La mayor parte de la gente es buena. Pero esa minoría tiene la desfachatez de utilizar los métodos indecentes junto con los indecentes para ocupar esos puestos. No tienen ni moral ni principios. Por eso, siempre están arriba. ¿No ha visto algo similar en otros lugares donde ha estado? – le preguntaba el maestro mientras acababa su disertación.
- Si, algo he visto, pero no en la magnitud de este pueblo.
- Usted llegó en mal momento para ellos. Esta plaza estaba reservada para el hijo del teniente de alcalde, que estaba haciendo el cuartel, en Milicias Universitarias, en Tenerife. Al mes de incorporarse usted, él terminaba, y le tenían reservado el puesto que ocuparía hasta que aprobara las oposiciones. Usted les fastidió el plan…, y ahora está sin trabajo.
- No era mi intención de dejar sin trabajo a nadie.
- Ahora, durante las vacaciones de Semana Santa estaré ausente. Pero no estaré parado; trabajaré en la parte del terreno que poseo y dedico a árboles frutales del trópico en mi pueblo. Aparte de maestro, soy ingeniero técnico agrícola, y a eso es a lo que me voy a dedicar cuando acabe el contrato en la enseñanza, que será el octubre próximo. Entonces comenzaré a trabajar en la granja experimental agrícola de mi pueblo; un organismo oficial para formación de jóvenes agricultores y, como su nombre lo indica, hacer experiencias en la agricultura.
- ¿Y a su novia la deja aquí?

- ¡No! Ella se viene conmigo. Trabajará de administrativa en la granja. Al acabar aquí, nos casaremos.
- ¿Cobrarán más en esa granja?
- No; será lo mismo que aquí. Pero allí tengo casa propia y no tendré que pagar alquiler.

V

Llegó el Domingo de Ramos. El día había amanecido claro, pero ventoso, cosa rara en el pueblo, ya que la estructura del terreno no permitía que se colaran los vientos por el valle, a no ser que vinieran del sur, siguiendo la dirección del valle, como ocurrió aquella mañana. Los penachos de las palmeras se movían al compás que le marcaban las ráfagas, haciéndolo en menor intensidad los troncos de las más altas, como la que estaba enfrente del balcón de Fausto. También, lamentablemente, las plataneras se movían, y, por ser arbustos, caían derribadas al suelo muchas de ellas. Las ventanas de la casa del médico, como todas las del pueblo, no dejaban de temblar. La cumbre estaba tapada por unos negros nubarrones, y algunos relámpagos se observaban desde el pueblo. Las campanas sonaban, y Fausto, desde el balcón, veía a la gente que se dirigía a la iglesia, en su mayoría niños, que portaban palmas y palmitos para la procesión de las once. Un sombrero volaba hacia el barranco, y un hombre salía corriendo tras él. Grupos de personas bajaban desde los caseríos, por los caminos, para unirse a la manifestación religiosa. Era lo más curioso e interesante que había visto desde que llegó al pueblo. Y absorto estaba contemplando el espectáculo, acompañado del sonido lejano de algún que otro trueno, cuando las nubes que venían desde la cumbre taparon el sol, dejando caer gotas finas, que pronto se transformaron en gruesas y muy abundantes, acompañadas de relámpagos y fuertes truenos, que situados sobre el pueblo, que cada vez que sonaban, hacían la lluvia más intensa.

Antes de que la cortina de agua y las nubes, cada vez más oscuras impidieran la visión, pudo ver como la gente por la calle corría a guarecerse, como el hombre que había perdido el sombrero, se retiraba sin él, y aquellos que bajaban por los caminos se daban la vuelta y volvían a sus lugares de origen. “Llegarán empapados”, se decía, al tiempo que un rayo caía sobre la alta palmera, situada al otro lado del barranco, que desapareció de la vista en un instante, envuelta en una llamarada. “Mal presagio”, se dijo al quedarse sin su árbol favorito.

La lluvia, que al principio caía de forma horizontal, chocando con fuerza contra los cristales de las traqueteantes ventanas, tal vez debido al grueso de las gotas, se volvió vertical, cesando el viento, mientras la cortina de agua y la mediana oscuridad impedían la vista más allá de treinta metros. Una hora y media duró la tormenta con la fuerte lluvia, que pasó en dirección al mar donde continuaron los relámpagos, quedando sobre el pueblo una nube de lluvia de mediana intensidad que duró tres días, quedando al final lleno de barro el pueblo, y la zona del barranco y de plataneras completamente anegada. La presa quedó a rebosar. Ocurrió un pequeño diluvio. "Nunca había caído un rayo tan cerca del pueblo. Los pocos que hemos visto, lo hicieron allá arriba, en la Peña del Loro", le decía en la consulta un viejo paciente a Fausto. Comentarios no le faltaron en la consulta, pues, después de meses de sequía, y a pesar de los destrozos causados en la agricultura, esa lluvia fue recibida con alegría, convirtiéndose en el principal tema de conversación en el pueblo. Los daños causados serían compensados por la gran cantidad de agua caída.

Poco a poco, los pacientes iban tomando confianza con Fausto, y le contaban todo lo que ocurría en el pueblo, de forma que también se convirtió en la persona mejor enterada del lugar. Al principio, por su excesiva seriedad, mirado con recelo, se fue convirtiendo, sin pretenderlo, en una persona fiable en todos los aspectos; considerándosele, además de médico, en consultor de las cosas más dispares. Esto le compensaba en algo los disgustos que le causaban las autoridades, aunque no compensaba la balanza.

Era la tarde de Viernes Santo. Fausto se aventuró a dar un paseo por las bien enfangadas calles del pueblo. A causa de ese fango se tuvieron que suprimir las procesiones de la semana, y se redujo al mínimo los servicios religiosos previstos. Y caminando despacio para no resbalar, y metiendo el zapato en el lodo, de vez en cuando, fue avanzando en su andadura hasta que vio venir, en dirección contraria, a una figura pequeña, con sombrero, cara congestionada, y un rifoma también congestionado, que avanzaba tambaleándose, no por el fango, sino por el excesivo alcohol que había bebido aquel día, al cual ya era muy aficionado. "Ahora sí que se va a meter conmigo", se dijo el médico, mientras se detenía para retardar el encuentro inevitable. El otro avanzaba, se iba acercando, y Fausto se ponía nervioso… Pero al llegar a su altura, aquella minúscula autoridad se limitó a decirle, con clara voz de ebrio:

- No sé de dónde vengo ni para dónde voy.

A dónde iba, no lo sabía el médico, pero de dónde venía sí. Venía de la comida de la penitencia, que todos los Viernes Santos celebraba la corporación municipal, en la cual se servía abundante pescado y vino. La penitencia consistía en carecer de carne la comida.

La Semana Santa pasó y el maestro volvió de su pueblo.

- Ya lo tengo todo arreglado para cuando termine el curso marcharme de aquí. En la casa ya hice los arreglos que faltaban, y el empleo está asegurado. Cambiaré de vida. El Jueves Santo vino a visitarme un médico de la capital. Queríamos venir aquí, pero la Guardia Civil no permitió que lo hiciéramos por los derrumbes en la carretera. Pero quedó en que volvería en otro momento. Es necesario que lo vea para que le transmita los ánimos que él tiene.

VI

En vez de aminorarse, los conflictos con el practicante, se hicieron más frecuentes, y las cartas de amenazas de la administración, también. Era un elemento indeseable para ellos… Le amonestaban por excesivo gasto de medicamentos… Otras veces, de si gastaba mucho agua, de si gastaba mucha electricidad… ¡Y como no!, de que estaba dando muchas bajas laborales… El colmo llegó cuando le advirtieron de que estaba haciendo mucho gasto en teléfono, cuando no disponía de ese gran adelanto de la técnica.

Se vio obligado a incrementar las dosis de tranquilizantes a tomar antidepresivos, que no los adquiría del botiquín del que disponían, sin o de la reserva que se había traído por si alguna recaída le sucedía, como ya empezaba a vislumbrar. Su creciente preocupación se la confía al maestro de nuevo, que le respondió:

- Insultos son elogios en boca de canallas. Mejor es tener a esos cerdos de enemigos que de amigos. ¡No les haga caso!, también hay un refrán que dice: Perro que ladra no muerde… No lo olvide… ¿Usted nunca ha visto injusticias y corrupción?
- Lo que es corrupción no se puede decir que haya visto, aunque algo he oído. Pero de injusticias, sí he visto algunas. En un sanatorio, donde trabajé, los salarios eran muy bajos, y los hacían más bajos aún. ¿Cómo…? Los hombres tenían sueldos más altos que las mujeres; pues se les cambia el nombre, y en vez de llamarse José, se les llama Josefa, y a ahorrarse una parte del sueldo… A los médicos eso no nos tocaba, pero sí otra injusticia que nos indignaba. Los empleados de la oficina central, que ningún contacto tenían con los enfermos, cobraban un plus de peligrosidad, y nosotros que estábamos en contacto directo con los enfermos, nada recibíamos- le confió Fausto, acabando así la

conversación de aquella noche, quedando convencido de que podía estar tranquilo por las razones que le dio el maestro.

Pero a la segunda noche de esta conversación, a eso de las diez y media cuando ya se encontraba en la cama un poco adormecido, un fuerte golpe con sonido de cristales le sobresaltó, quitándole la somnolencia. Se levantó de un salto y salió al salón; al encender la luz, se encontró que el cristal de la puerta del balcón estaba roto, y en el suelo estaban derramados cristales por todas partes, acompañados de una gran piedra en el centro mismo del piso. "¡Mucha fuerza debe tener el bestia que la tiró! ¡Malditos canallas! ¡La que me faltaba ahora…! ¡Atentados a mí…!", se decía mientras se rascaba la cabeza en señal de desconcierto, dando unos pasos en el salón, con sumo cuidado no fuera a cortarse, ya que estaba descalzo. Después de unos minutos de contemplar el desaguisado, se dio la vuelta, apagó la luz entró de nuevo en su habitación. Aquella noche se la pasó en blanco, esperando que otra gamberrada viniera a importunarle, y a la mañana siguiente, después de barrer el salón, de recoger los cristales de tomar cuidadosamente las medidas del hueco de la puerta dejado por el cristal roto, se fue a la tienda a ver si encontraba un repuesto, donde le dijeron que fuera a la carpintería que allí solían tener cristales para ventanas.

- Cristales tengo, pero de ese tamaño, no. Esos hay que encargarlos a San Julián, que está a 15 kilómetros. Si lo encargo yo, tardan de dos a tres semanas en llegar. Lo mejor es que mande al del taxi a comprarlo. Le costará un poco caro. Este pueblo está en el último rincón de la isla y aquí no tenemos de nada… Más allá, sólo montañas… Y San Julián lo más próximo…, ¡tan lejos!. Allí hay algo, por lo menos… Tiendas, bares…, y hasta un cine- le dijo el carpintero.

Hizo como se lo dijo, y a los dos días estaba resuelto el problema del salón, su estancia favorita, porque era donde por las tardes leía y escuchaba la radio. Se dio cuenta de que era el primer gasto extraordinario que hacía en el pueblo. Podía haber ido al Ayuntamiento a pedirles que hicieran la reparación, como correspondía por pertenecerle la casa del médico, pero prefirió no rebajarse ante los culpables del incidente, que hasta probablemente le hubieran echado la culpa de la rotura del cristal.

A la semana siguiente apareció, una mañana, una pintada insultante hacia Fausto en la fachada de la casa. Eso le dolió más que la pedrada, ya que no se dio cuenta hasta la tarde, en que salió a dar un paseo, pues el pueblo se había enterado, no como ocurrió con la rotura del cristal que no se enteró nadie. Este problema lo resolvió comprando un bote de pintura y una brocha en la tienda el pueblo.

La llegada del mes de septiembre fue preocupante para el médico. Su amigo, el maestro, cesaba a poco de comenzar las clases. Se iba a quedar solo en el pueblo ante aquella jauría de perros. El hecho de que hubiera estado fuera los dos meses del verano no le afectaron mucho, porque venía a ver a su novia con cierta frecuencia; pero a partir de ahora la soledad sería su única compañía y no sabía qué hacer.

Meditando sobre ese tema estaba en el balcón de la casa, mientras contemplaba el paisaje, cuando un coche, grande, de color azul, aparcó debajo. "Urgencia tenemos", se dijo. De él bajaron el maestro, su novia y otra pareja que no conocía. Al ver de quien se trataba, bajó lo más rápido que pudo, de forma que llegó a la puerta de la calle en el momento en que sonaba el timbre. Su pesadumbre se transformó en alegría por la inesperada visita. La otra pareja se trataba de un médico de la capital y su mujer. Visita que hacía tiempo que había prometido el maestro.

Después de prepararles café, empezó la conversación, que versó principalmente sobre el acoso que se ejercía sobre Fausto. El maestro y su novia ya no tenían reparos en visitar al médico ya que se marchaban al mes siguiente.

El maestro comenzó la conversación resumiendo la vida de Fausto, las razones que le llevaron a la isla y los enfrentamientos con las autoridades. El médico de la capital después de meditar un poco, comenzó a hablar tratando de tú a su colega:

- Fausto, sinceramente, este lugar no es para un hombre con tu currículum. Tenías y podías haber escogido otro sitio. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?
- Acabo de cumplir un año.
- ¡Perfecto!- y sacando unas hojas del bolsillo de la chaqueta se las entregó a Fausto-. Ahí tienes el concurso de la nueva organización sanitaria. Como a llevas un año aquí, ya puedes solicitarlo. Las mejores plazas para ti están en la Orotava y en Santa Cruz de la Palma. Solicítalas ya. En los pueblos pequeños sólo hay caciquismo; en este y en otros. Eso es inevitable. En los grandes y en las ciudades, también lo hay, pero se nota menos. Tienes que tener en cuenta que después de los cambios que hubo en este país, no cabe duda de que se hicieron cosas muy buenas, y la gente quedó muy contenta, pero pronto surgió lo malo del nuevo sistema, y en la balanza de lo bueno y de lo malo, pronto se inclinó hacia lo peor. ¡Y esperemos lo que vendrá…! Los malos de entonces quedaron en sus puestos, y a ésos se añadieron nuevos demócratas, ávidos de poder y, sobre todo, de dinero, que, sin moral ninguna, pisotean lo que sea para conseguir sus mezquinos intereses. ¡Hay que estar con el poder! ¡Sea el que sea!, es su lema. Tenemos que aprender a vivir con el nuevo sistema, como aprendimos a vivir con el otro. Pero, ¡ojo…!, éste es más refinado y vil. Tú lo has podido comprobar en este pueblo. Con esa canalla no

se puede razonar ni discutir, sólo les importa sus intereses, y a los que no les gusta lo que hacen, de momento, sólo les queda callarse y escupirles con su conciencia a la cara, como hago yo. Lamentablemente tienen chivatos en todas partes.

Fausto no entendió mucho de lo que decía porque su mente sólo estaba concentrada en una cosa, la medicina, siendo los chanchullos y trapos sucios de esta vida, asuntos completamente ajenos a su persona, pero algo tenía que decir, preguntó al médico de la capital:

- ¿Y cómo viniste a parar aquí?
- Yo era médico de los barcos de pesca que iban a los mares del norte, donde hacía mucho frío y había muchas tormentas. Un día, cansado de aquello, conseguí enrolarme en un barco que iba a pescar hacia el sur, a Namibia y Sudáfrica. El barco sufrió una avería, y tuvo sus anclas en este puerto. Dos meses duró la reparación. Entretanto conocía a mi novia, aquí presente- y señaló a su mujer-, y como había una plaza vacante de médico de urgencias en el hospital, decidí quedarme, y aquí estoy. Después hice las oposiciones y entre las consultas y el hospital me defiendo bien. Cinco años en barcos de pesca fueron más que suficientes, y aunque los barcos no eran de los más pequeños, eran como cascarones de nueces ante las tormentas que se nos presentaban. Aquí piso tierra firme.
- Al despedirse entregó una bolsa con libros al maestro.
- ¿Los ha leído todos?- le preguntó el maestro.
- No; me quedan tres sin leer.
- Quédeselos, ya me los recogeré otro día, y le traeré otros. Cuando me marche, mientras usted esté en el pueblo vendré a verle de vez en cuando, le traeré más.
- Cuando vengas a la capital no dejes de visitarme- le dijo el colega mientras se despedían.

Como tenía derecho a un mes de vacaciones, las tomó, comenzando el mismo día que el maestro abandonó el pueblo. Primero, en la capital de la provincia, solicitó participar en el concurso de traslados, y luego se dio un viaje a la Península para ver a sus hijos.

A poco de volver de las vacaciones, recibió la comunicación de que le habían concedido el nuevo destino en Santa Cruz de la Palma.

El día de la despedida, conoció a sus sustituto, el hijo del teniente de alcalde, y cuando iba a pasar el puente del pueblo que unía los dos lados del barranco, el taxi que lo llevaba, se detiene para dar paso a un gran convoy de palas mecánicas, apisonadoras, camiones con grúas, otros con diversos materiales de construcción, etc… Comenzaban las tan esperadas obras de urbanización de la playa.

3ª parte

MARGARITA

I

Llegar a un nuevo destino siempre es emocionante, aunque la labor a desempeñar sea de muy escaso interés. Fausto Ariamendi era plenamente consciente de ello, pues el cargo al que iba destinado en la institución pública que le correspondía, se veía sobrecargado por un excesivo burocratismo, que impedía realizar la labor de médico correctamente, con repercusiones negativas para los pacientes… Hay que resignarse… Un minuto para escuchar al enfermo, explorarle, diagnosticarle y ponerle el tratamiento; luego tres o cuatro minutos rellenando papeles… Eran lo que hacían todos y él tenía que hacer lo mismo.

Por suerte, su plaza era de nueva creación, y el cupo era pequeño, constituyendo una ventaja porque le permitía dedicar más tiempo a los enfermos e ir adaptándose a la nueva situación. Poco a poco el número de pacientes iría aumentando, y con ello, iría disminuyendo el tiempo para pensar. También tuvo la suerte de que disponía de una auxiliar, que al ser muy eficiente, le ayudaba mucho en su tarea, contribuyendo a quitarle la carga de nerviosismo que traía del puesto anterior, de tal forma que al mes ya se encontraba libre de todos los síntomas.

La ciudad de Santa Cruz, cuya parte sur estaba situada en la boca de un cráter, y la pare norte subía por la zona montañosa colindante, como intentando unirse al bosque que cubría las cumbres de la isla, era una belleza de color blanco que hacía un perfecto juego con el azul del mar, a orillas del cual estaba. En el centro principal de la ciudad, predominaban las casas y caserones antiguos de una a dos plantas, muy elegantes, y en buen estado de conservación; también había modernas, la mayoría de varios pisos, y que poca gracia le hacían a Fausto. La ciudad le gustó y tuvo, desde el primer día la sensación de que era un lugar idóneo para obtener la calma que necesitaba.

Fausto, paseándose por la Avenida Marítima, recordaba a un pescador que nunca había visto sonreír al mar, respondiendo así a una persona de tierra adentro que afirmaba verlo

haciendo ese gesto placentero. Pero, para él, por las mañanas, a poco de salir el sol, sus reflejos sobre el intenso azul de las aguas, sí provocaban ese efecto. “El mar también es capaz de sonreír, aunque sea difícil de trabajar”, se decía.

Vivía muy cerca del mar, en un edificio de apartamentos, moderno, de varios pisos, de esos que no le hacían mucha gracia, desde donde podía ver el puerto y su bahía, con el entrar y salir de barcos.

Iba muy temprano a su trabajo. La ida la hacía por la Avenida Marítima, caminando por la acera próxima a mar, despacio, escudriñando bien el horizonte por si divisaba algún barco, y así resarcía del año que estuvo sin poder contemplar el océano. Luego, subiendo por la Avenida de El Puente, se dirigía a la parte alta donde estaba el policlínico en que trabajaba. La vuelta a casa la hacía por el mismo camino, o bien por la Calle Real, que corría paralela a la Avenida Marítima. Éstas y pocas más, eran las pocas calles horizontales de la ciudad, que, por suerte, eran muy largas, disponiendo de prolongaciones, siendo las otras, o mejor dicho, la mayoría pendientes, estrechas, a veces con escaleras, pero por las que era agradable pasearse por la arquitectura de sus casas, el empedrado o adoquinado de sus calzadas y la escasez de circulación de vehículos, o ninguna, por los escalones.

En esta ciudad había vida social, cine, librerías y algunos que otros entretenimientos del que se había olvidado en el pequeño pueblo de donde venía. Disponía de mucho tiempo libre, a pesar de que en una pequeña clínica particular le contrataron como médico consultor, a done tenía que ir dos tardes por semana. En realidad su trabajo consistía en pasar consulta como cualquier otro médico de urgencia y muy rara vez le consultaban algo de su especialidad. Con la disculpa de que las mutuas pagaban poco, a él le pagaban una mezquindad. Pero eso no le importaba muco, pues así se entretenía esas dos tardes. Con lo que había ahorrado del pueblo pudo comprarse un coche, estaba planteándose adquirir un piso, ya que consideraba que ese era el lugar ideal hasta llegar a la jubilación. Con el coche, los fines de semana, se desplazaba a montes y playas de la isla; y luego, a nadar o caminar por los senderos de los bosques y cumbres.

Aunque el número de enfermos fue aumentando y el tiempo que les podía dedicar era menor que al principio, y aunque el trabajo se había vuelto algo más estresante, en comparación con el acoso laboral del pueblo, lo que ahora tenía, era una maravilla. “Aquí el derecho a pensar se reserva para los superiores, los médicos a trabajar y que los enfermos vean a alguien con bata blanca”, le decía un compañero.

Y así pasó un año; sin problemas, sin incidentes. Olvidó por completo los malos momentos del pueblo, conocía a mucha gente y llevaba alguna vida social. Estaba contento, aunque la plaza de neumología, que le habían dicho, no había salido a concurso. Sólo existían en

el policlínico las tres especialidades que estaban al comenzar a funcionar… Ya saldrán convocatorias cuando terminen del todo las obras. Con el maestro siguió teniendo contacto, y un día le envió de regalo, por paquete postal varios libros.

Después de un año de vida tranquila sin ningún incidente, una mañana, cuando de camino al trabajo se dio cuenta de que no llevaba ni pluma ni bolígrafo, buscando donde podía comprar lo que le faltaba, reparó en la Avenida del Puente, subiendo a mano izquierda, en un escaparate, donde se exponían los más diversos objetos. Luego venía una puerta de entrada a la tienda, y en lo alto, un rótulo del ancho de la puerta, en el que estaba escrito: "TABAQUERÍA PERABO".

Como en el escaparate había objetos de escritorio, pasó adentro de la tienda y dijo a la vendedora:

- Buenos días. ¿Tiene bolígrafos?
- ¡Claro! ¿Cuáles quiere?- y le señaló los que estaban expuestos en el mostrador y que se podían ver a través de un cristal.

Sin haberse fijado en los bolígrafos, señalando, al tuntún hacia las muestras, dijo:

- Déme tres de éstos.

No se fijó en los bolígrafos escogidos sino en la vendedora, una joven, más bien alta, guapa, cabello castaño, ojos azules y de buen tipo. Que le causó una impresión más allá de lo normal. Había descubierto algo muy fuera de lo normal. Era como si Nefertete hubiera renacido, o como si un blanco cisne se hubiera convertido en una venus que surgiera de un lago. Fuera lo que fuera, aquella mañana había descubierto algo que le hacía el camino al trabajo más agradable.

La tienda se llamaba tabaquería, pero en realidad era un bazar, donde, aparte de tabaco se vendía de casi todo, incluso algunos alimentos como chocolates, caramelos, frutos secos y galletas. Así que, desde aquel día, era rara la mañana que no entrara en la tabaquería para comprar las cosas más variadas: unas que eran de utilidad y otras que no necesitaba para nada; pero lo importante era verla y poder cambiar alguna palabra con la tabaquera, aunque todo se limitara a una pequeñísima transacción comercial.

Bolígrafos, cuadernos, tabacos, chocolatinas, galletas, artículos de broma… llenaba las gavetas de su armario y de su cómoda. Al conserje del policlínico le vino muy bien esa admiración por la chica de la tabaquería, ya que al no fumar Fausto, le regalaba los paquetes de cigarrillos que compraba, que no eran pocos; buen fumador, se ahorraba una nada despreciable cantidad de dinero por este concepto mensualmente. Como no se podía comer todas las chocolatinas que compraba, las repartía entre el personal femenino. Como periódicos compraba dos o tres cada vez que pasaba, y se convirtió en el suministrador de prensa del centro sanitario,

por que él sólo los hojeaba, dejándolos luego sobre la mesa de la sala de reunión, de forma que consiguió, sin quererlo, que médicos y enfermeras hablaran de asuntos de actualidad y políticos.

Margarita, la vendedora, como ya hemos dicho, era una chica muy guapa pero, además, muy laboriosa y agradable en el trato, con una voz melodiosa, siendo, el tipo de mujer que atraería a todo hombre, prendándose de ella. Los hombres como Fausto, no llamarían nunca su atención, y no sólo por su edad. Fausto, plenamente consciente de eso, sabía que tenía que limitarse a una admiración platónica. Había muchas cosas bellas en aquella isla, y Margarita era una más, como cualquier otro paisaje.

Aquella tabaquería no era conocida por el nombre del rótulo de la puerta, "Tabaquería Perabo", sino el de Tabaquería del Puente, como se llamaba la calle donde estaba, y era más del gusto de la clientela. Por su belleza, la hija del propietario recibió el apodo, al principio, de la Guapa de la Tabaquería del Puente, que pronto se transformó en la Tabaquera del Puente, como se conocía a la muchacha en toda la isla, y que equivalía a más que una mis en lo que a belleza se refiere.

Por las cercanías de la Tabaquería solía pasear todas las mañanas un viejo con bastón que un día le dijo a Fausto:

- Yo nací en esa casita- y señaló con el bastón a la Tabaquería- y vengo todas las mañanas a verla, porque pronto la tirarán abajo para que la calle Álvarez de Abréu deje ser un callejón sin salida. ¡La de veces que yo entré por esa puerta y la de veces que yo salí por esa ventana!

II

La pasión de Fausto por Margarita iba en aumento, y ésta, como era lógico, ni caso le hacía. Todas las consideraciones que tenía con él, eran devolverle los buenos días, preguntarle lo que deseaba y dárselo; ni le miraba a la cara… Y absorto por su belleza, se le cortaba la palabra, no sabiendo que decirle, y tartamudeaba mientras le pedía aquellas cosas que generalmente no necesitaba para nada, siéndole imposible entablar la más mínima conversación con aquella beldad… una simple charlita le hubiera llenado de gozo…, pero su timidez, de muchos años, no le ayudaba en esa empresa, por lo que una gran frustración se iba apoderando de su espíritu, aumentando enormemente, en su conciencia, el sentimiento de soledad en el que vivía.

En medio de esta preocupación y desaliento, se fijó en uno de sus compañeros médicos que era todo lo contrario a él. Muy extrovertido, hablador, siempre rompiendo el mundo..., y, además, de fama entre las mujeres… Era de esas personas que él nunca hubiera valorado en lo más mínimo, pero esta vez, dado su estado de ánimo, sí la tuvo en consideración, y, a pesar de su timidez, un buen día le expresó sus cuitas; como pidiéndole consejo. Alfonso, como se llamaba el colega, le dijo:

- Fausto, con la pinta que tú tienes, con esa vestimenta, poco…, o mejor dicho, nada vas a ligar… Ropa nueva y de marca…, algo menos serio… ¿Cómo digo yo…? ¡más juvenil, más deportivo…! Y sobre todo, los zapatos, que aunque estén en el suelo, es en lo primero en que se fijan las mujeres… Eso que llevas puesto, no sirve para nada. ¡Y con esa ridiculez de coche! ¡Un Renault-8! ¡Una baratija fabricada en España…! Yo siempre llevo un gran Mercedes. Estoy acostumbrado a ese modelo, pero a ti, para tu caso, te iría mejor un Alfa Romeo… o mejor aún, y ¿porqué no…? ¡un Jaguar! ¡Si, eso es lo que te falta!. Te haría volver a la juventud, ¡y a las mujeres las deslumbra…! También, tu seriedad te mata; no se puede ser así. Con tus conocimientos, deberías ser más abierto, y

dejarías a la gente asombrada…, sobre todo a las mujeres. ¡Tienes que dejar de ser un cartujo…! Porque eso es lo que tú eres, ¡un cartujo! ¿Y se puede saber de quién se trata, la muchacha…? Porque yo, aquí, conozco a casi todas.

Y Fausto, aunque con cierta resistencia, no tuvo más remedio que decirle de quién se trataba. Alfonso, después de un silencio, comenzó a hablar de nuevo.

- ¡No…! ¡Cómo se te ocurre…! ¡Lo mejorcito…! ¡Esa chica no es asunto…! ¡Ni yo mismo me atrevería con ella! Y eso que siempre consigo lo que me propongo… He tenido y tengo varias. Es muy guapa, pero es de las serias. Hasta, yo, en cierta ocasión, lo intenté… ¡Claro!, que cuando veo las cosas difíciles, prefiero no complicarme demasiado… ¡Habiendo otras…! En materia de mujeres me inclino por las fáciles y sin complicaciones, como hago con todo… Te será difícil…, pero con constancia, dinero y regalos caros, nada es imposible.

- Pero carezco de dinero, ¿cómo me voy a comprar yo un Jaguar?

- Eso puede tener solución. Y si de verdad estás muy interesado, y es lo que necesitas, ven mañana a mi casa, a eso de las ocho de la tarde, y allí hablaremos tranquilos del asunto. Esta es mi dirección- y Alfonso sacó una tarjeta de un bolsillo y se la entregó- ¿De acuerdo?

- ¡De acuerdo!- asintió Fausto.

Al día siguiente, puntual estuvo Fausto en la puerta de la casa de su amigo. Poco después de tocar el timbre, le abrió, y pasó al salón de la casa; una casa antigua y señorial, donde el lujo de la sala principal deslumbró al visitante. Dos enormes colmillos de elefante a los lados de una chimenea simulada, cuadros de gran valor en las paredes, repisas con preciosas figuras de marfil y porcelana, muebles de excelente calidad, estilo clásico, un tresillo tapizado de cuero, dos preciosas y grandes lámparas con múltiples lagrimones, que pendían del alto techo, y una vitrina preciosa llena de figuritas que parecen corrientes y de poco valor, que Fausto se quedó mirando unos momentos, algo extrañado.

- Si, a todo el mundo le extrañan esas figuritas. Parecen que no valen nada, pero son muy antiguas, y hoy no se consiguen. En eso está su valor- le decía Alfonso a Fausto mientras le invitaba a que se sentara en el sofá-. Como verás aprecio el arte y las cosas preciosas, es decir, la belleza-. Y ahora vamos a hablar, tranquilamente, del asunto que te preocupa. El dinero, amigo Fausto, está en el suelo; sólo hay que saber agacharse para recogerlo, y eso es lo que he hecho durante mi estancia aquí. La cantidad que he ganado no es nada despreciable; y, además, no se me puede reprochar nada, porque nada mal he hecho, y no te voy a decir lo que he ganado para no asustarte… Pero, ante todo, como sé que eres un hombre de palabra, me has de prometer de que no dirás a nadie nada de lo que aquí hablemos, aunque tengas dudas o reparos. Cuando hay dinero en juego…, ¡silencio!

- Lo prometo- contestó Fausto con voz baja y temerosa.
- Nada malo he hecho, ni nadie puede reprochármelo, repito, porque nada malo hice para conseguirlo. Solamente me he limitado a seguir la corriente de los tiempos. Y éstos, en los últimos años, han sido de vacas gordas y de ríos de abundancia… ¡y no los he desperdiciado! Ahora me toca cambiar de aires, pues así me lo exige el trabajo, que, por cierto, no es mucho… Sí, me voy a un país lejano, donde tengo abundantes propiedades, y a disfrutar de lo que he ganado. Se acabaron las recetas. Tendrás que sustituirme en la empresa, o empresas, porque son varias, y, además, cambian de nombre con frecuencia. ¡Cosas de los jefes…! ¿Cómo iba yo a tener tanto éxito con las señoras si no fuera por ese dinero…?, porque con lo que aquí nos pagan no da para nada…
- Bueno…, ¿pero de qué se trata el negocio?- preguntó impaciente Fausto- Porque yo no estoy dispuesto a hacer algo indigno.
- ¡Nada de indignidades! Se trata de reconducir las remesas de dinero que envían de Venezuela, y también de otros países, los emigrantes.
- Pero eso ya lo mandan ellos por giro postal sin ningún problema.
- Eso ya lo hacen, pero es una cantidad ínfima la permitida. Lo que nosotros tenemos entre manos es de mucha mayor magnitud e importancia… Para que veas que me he ocupado del asunto que te preocupa, te he de decir, que la chica en cuestión, aunque no te hubieras dado cuenta, ya se había fijado en ti… ¡Te tomaba por un funcionario del cementerio…! ¡Con ese aspecto de cartujo, no me extraña…! Ya tengo a celestinas en movimiento, y si tienes dinero, no tardarás en ver los resultados. El traer dinero desde allá, no es asunto difícil, aunque hacerlo en grandes cantidades esté prohibido… Es algo más difícil introducirlo aquí, aunque el Gobierno esté deseoso de que lo traigan, pero no puede permitir que entre de golpe y en grandes cantidades, de forma que hagan saltar las alarmas internacionales… Y ahí es donde está nuestra actuación: introducirlo en secreto, distribuirlo por todo el país, en empresas, actividades, bancos, etc; e incluso mandar una parte a otros países. En fin, que contribuimos al enriquecimiento de la Patria, a costa de Venezuela.
- ¡Pero eso de expoliar a otro país…, me parece muy mal!
- ¡!Qué va! El país ya está más que expoliado por otros conductos. Eso que nosotros tratamos son superavits de las empresas de los emigrantes de allá, y algo de lo que salvan de pagar a Hacienda. La gente tiene derecho a poner a salvo parte del dinero que gana, porque allá, entre el caos, la corrupción ya el mal gobierno, sus pérdidas serían enormes… Les hacemos un gran favor, y si no se lo hacemos nosotros, se lo harán otros,

y en otros países… Aquí ese dinero es bien recibido, pues da ganancias, puestos de trabajo, etcétera… Esa es nuestra principal garantía, y por eso no se atreven a tocarnos aunque lo sepan las autoridades…, porque dinero que viene…, ¡bendito sea! Aquí hay estabilidad; allá, no… Y como los principales interesados viven allá, parte de ese dinero, por redes… que yo desconozco, vuelve a su origen, con lo que todo el mundo se beneficia… Salvar, invertir y ganar dinero… ¿Hay algo de malo en eso…? Todo está previsto, pues estamos en una zona de rápido desarrollo turístico, y el dinero fluye de todas partes, y todo son inversiones y ganancias. Por eso, esas cantidades que manejamos, pasan desapercibidas, pues, aunque grandes, son una menudencia en comparación con otras… Por razones de seguridad, yo figuro como promotor de una importante urbanización turística…, y ahora se la vendo a la gran empresa para la que trabajo, que al fin y al cabo es la verdadera dueña. Esto son los tejemanejes del mundo de los negocios.

- ¿Y cómo viene ese dinero?- preguntó de nuevo Fausto.
- De diferentes maneras y por diversas vías. Ya lo irás viendo: unas veces los traen emigrantes que regresan de vacaciones, y otras, los llamados “correos verdes”, especialistas en la materia que vienen todos los meses con maletines repletos de dólares… ¡ya los verás…! Ten en cuenta que Venezuela tiene mucho petróleo y es muy rica.
- Pero también hay mucha pobreza en ese país- insinuó Fausto.
- ¡No te preocupes por eso! No es nuestra la culpa sino de los desgobiernos que tienen y que no se preocupan de distribuir bien las riquezas que Dios les concedió…; y nosotros, por mucho que queramos, no les vamos a resolver ese problema. Tú figurarás como promotor de una nueva urbanización turística en una playa, donde se invertirán muchos millones… Pero por hoy, ya está bien de explicaciones. Durante estos dos meses, mientras trabajas conmigo, te iré introduciendo en el mundillo de los negocios y aclarándote las dudas… Y, por cierto, la aceptación del Jaguar será la señal del compromiso.

Pocos días después, una tarde, apareció aquel reluciente coche en la puerta de su casa, y, con el vehículo, un gran fajo de billetes. Unas firmas en unos papeles, y aquella maravilla fue suya.

Con dinero, en las mejores tiendas de la cuidad se compró lo mejorcito de ropas y zapatos, y, así, con su nueva indumentaria y aspecto, que le quitaban diez años de encima, detuvo su flamante Jaguar delante de la Tabaquería del Puente, dejando estupefacta a Margarita

al ver quien descendía del coche. Dentro de aquella nueva y buena ropa, Fausto que se sentía también más cómodo, ágil, más joven, más seguro de sí mismo y con ganas de hablar, compró de lo más caro que había en la Tabaquería.

Fausto era diez años mayor que su amigo, pero debido a su vida tranquila y sin vicios de ninguna clase, parecía casi de su misma edad. Ahora, mejor arreglado, aunque con alguna arruga en la cara y algunas canas que le hacían muy interesante…, y aquella chica alta delgada, de muy buen tipo, muy guapa, con color blanco de su cara y cutis muy fino, con su precioso pelo castaño, largo, recogido hacia arriba y hacia atrás, que le hacía recordar la belleza de Nefertete se fijaba en él, y, aprovechando que en aquellos momentos no había otros clientes en la tabaquería, se entabló una amena charla entre los dos, de forma que quedaron como amigos, a pesar de los más de veinte años de diferencia que les separaba. La juventud de Margarita daba nuevos ánimos a Fausto. ¡Qué suerte ha tenido Margarita en encontrar un novio joven y rico!, decían sus amigas.

Lo cierto es que los dos enamorados estaban contentos y felices con su suerte. Alfonso, con tacto, introducía a Fausto en los secretos del negocio. Le aparecieron en su casa los primeros "correos verdes", y también le llegaron paquetes de libros de medicina, dentro de cuyas tapas no había descripciones de enfermedades ni de tratamientos, sino billetes de miles de pesetas… Es decir, que todo no venía de Venezuela. Alfonso le dio dos carnés de identidad y dos pasaportes extranjeros –falsos todos-, a nombre de los cuales se abrieron varias cuentas corrientes. También a su propio nombre se le abrieron otras cuentas en distintos bancos, los dineros que recibía, tenía que entregarlos, en muy corto plazo, a ciertos señores en Tenerife, personalmente, o ingresarlos en sus cuentas corrientes o en alguna de las correspondientes a compañías relacionadas con la empresa que dirigía.

Un día le apareció en su casa Alfonso para hacerle el obsequio de una historia de Roma.

- Dentro de pocos días me marcharé, y tú te encargarás de todo. En este libro de título inocente, "Historia de Roma", está la clave que sirve para descifrar muchas de las cartas que en el futuro recibirás; es fácil, y ahora te lo explicaré. ¿Quién va a sospechar que en ese libraco se encuentra algo tan importante como una clave?. Además, te traigo un libro de regalo para que recuerdes la historia de tu tocayo el doctor Fausto con Margarita, según la describe Goethe. Coincide, además, que el padre de Margarita es alemán. Durante la II Guerra Mundial navegaba por estos mares en …,sufrió un accidente y lo desembarcaron para que lo trataran …, y aquí se quedó para siempre. Pero ten en cuenta siempre, que yo, aunque haya sido el que arregló el asunto, no me llamo Mefistófeles sino Alfonso… Tu relación va a ser maravillosa con esa chica. Fue su madre la que montó la tabaquería, y que lleva el nombre del apellido paterno, Perabo…, es buena

gente, y quedas en buenas manos. Yo ya me marcho, no me voy solo, me voy con Ángeles, que es con la que mejor me he llevado. Aquí ya no dejo huella; hasta el piso lo he vendido. Son precauciones que toma la organización …, ¡que es perfecta! Ya lo comprobarás con el tiempo… ¡Siempre te pagarán muy bien!

Según se marchó Alfonso, las remesas de dinero aumentaron de forma significativa. Se triplicaron y se cuadruplicaron, y con ello, las ganancias de dinero del doctor Fausto Ariamendi. Sus cuentas en los diferentes banco nacionales y extranjeros, aumentaron de forma significativa, siendo la que más, la que tenía en una isla del Caribe cuya situación desconocía; uno de esos paraísos fiscales, de cuya existencia, Fausto no tenía ni la menor idea. Y el dinero no venía sólo de América, sino también de diversos lugares de la Península. La afluencia de dólares era enorme, pero le superaban las pesetas y otras divisas fuertes de países europeos. ¡Aquello no eran simples dineros burlados el fisco por emigrantes o empresarios de pocos escrúpulos!

No cabía duda de que esta situación le preocupaba al médico, pero la recompensa de tener a Margarita, pronto le hacía olvidar este escrúpulo de conciencia. Y la muchacha se encontraba muy feliz, sintiéndose halagada y complacida con los regalos que le hacía el que ya se consideraba su prometido oficial. El dinero abundante, que no había visto en su vida, le hacía mirar hacia otro lado, y no hacia el de los escrúpulos. ¡A lo bueno se acostumbra uno muy pronto! Paseos con Margarita por la isla en el jaguar. Alguna de las veces que tenía que ir a Tenerife con el maletón cargado de dinero para depositarlo en diversos bancos o en alguna determinada "firma", Margarita le acompañaba, hospedándose en los mejores hoteles. Todo iba sobre ruedas; Margarita, aparte de muy guapa, era muy tratable, comprensiva y dulce. También, buena bordadora, y tenía muy buena voz, siendo una delicia oírla cantar aires de la tierra en las frecuentes fiestas que se celebraban en los diversos pueblos de la isla, y a las que la pareja era invitada frecuentemente, pues no debemos olvidas que Fausto era un buen médico, y muy considerado como tal, porque muchos y buenos conocimientos tenía de la medicina. Él le regalaba valiosas joyas y otras cosas caras, y ella le regalaba pañuelos y camisas bordadas con sus iniciales y otros adornos, que le llenaban de una inmensa alegría… ¡Nunca se hubiera imaginado en una felicidad semejante en el otoño de su vida!

De Alfonso, una vez tuvo noticia. Una postal le llegó desde Montreal, Canadá, en la que le deseaba buena suerte, y con la esperanza de volver a verle. Supo que era de Alfonso porque se firmaba con el nombre de Mefistófeles.

La urbanización de la que era promotor Fausto, avanzaba lentamente, pero iba en marcha. Algunos apartamentos ya estaban acabados, y pronto serían alquilados a turistas. Cuanto más tiempo duraran las obras, más dinero se justificaría en cuestiones de gastos; esa era la respuesta

que, de forma indirecta, recibía cada vez que se le ocurría insinuar algo sobre cómo acelerar las obras.

Margarita fue sintiendo con el tiempo una creciente admiración por Fausto, que no se debía exclusivamente al dinero, sino a la cultura y a lo correcto del trato, muy superiores a los que normalmente estaba acostumbrada, llegando a estar cautivada por él. Consciente de que Fausto era mayor, aunque no sabía su edad, un día le preguntó:

- ¿No te despertarás un día echando de menos tu vida anterior?
- Yo no tengo vida anterior, y si la tuve, nunca valíó la pena, o mejor dicho, ya está muerta. Esta es la vida que me gusta.

Era natural, porque al dinero y a lo bueno, todo el mundo se acostumbra pronto. Él no iba a ser una excepción.

4ª parte

UN EXTRAÑO HUESPED

I

El tiempo transcurría. Las cosas le iban muy bien a Fausto. Sus ganancias se incrementaban muy rápido, y la devoción de Margarita por él, también aumentaba, por lo que últimos escrúpulos sobre esos dineros de origen desconocido, se borraron definitivamente de su mente, que muy ocupada estaba, aparte de los negocios, en el pensamiento de su amor otoñal. La urbanización turística avanzaba, provocando la admiración de todos, convirtiéndose el doctor Ariamendi en el empresario modélico de la isla.

Correos verdes y no verdes llegaban con más frecuencia que antes, así como paquetes postales, transferencias…, y todo tipo de envíos. Y como se podía palpar, todo marchaba sobre ruedas en los negocios, hasta que en el buzón del correo apareció una carta en la que comunicaba que, en dos semanas, y más exactamente, el sábado día once, a las dos de la tarde, debería estar en el aeropuerto para recibir a un importante directivo de la empresa, llamado mister John Pauling. No daban más detalles sobre este personaje.

Esa carta llenó de curiosidad a Fausto, ya que, hasta ahora, no había conocido a ningún directivo, a pesar de la extrema confianza que habían depositado en él. Era lógico que viniera, y lo que le extrañaba ahora, es que no hubiera venido antes. Él había cumplido exactamente todo lo que se le había encomendado. Por ese lado no se le podía reprochar nada, pero, ¿qué querrá?, ¿para qué viene?, eran preguntas y preocupaciones que no podía evitar. Así que estuvo impaciente hasta el día y la hora señalados, en que, puntual, lo esperaba en la puerta de llegadas del aeropuerto.

Esperando estuvo un buen rato, viendo salir pasajeros que eran recibidos por sus familiares, y otros, a los que nadie había ido a buscar, que salían rápido a tomar un taxi de los que esperaban en la puerta de la terminal… Pero nada similar a un ejecutivo de la City londinense, como él se lo imaginaba, llegó en ese momento… Aquella zona quedó despejada a

los pocos minutos, quedando solamente un joven con abundante pelo negro, desordenado, gran bigote, alto, delgado, color pálido de piel, con pantalón y chaqueta estilo vaquero… nada de lo que esperaba, pero como era lo único que allí había, se le acercó, y, con ciertos reparos, le preguntó:

- Estoy buscando a una persona… Disculpe. ¿Es usted el señor John Pauling?
- Si, así me llamo.
- Pues vengo a recogerle. Le llevaré al hotel.
- ¡Nada de hoteles! Debes llevarme a tu apartamento… ¿No te lo dijeron?
- La carta sólo decía que viniera a recibirle.
- ¡Atajo de inútiles! ¡Así nos van las cosas!- dijo John Pauling con voz enfadada.

"Qué genio tiene este tipo" ¡No ha hecho sino llegar y ya está con exigencias! ¡la que me espera!, pensó Fausto mientras le recogía un pequeño bulto de color verde que tenía en el suelo y que debía ser su único equipaje. Después en el coche, y ya en trayecto a la ciudad, preguntó Fausto de dónde venía y cómo le fue en el viaje.

- No debes hacerme preguntas. ¿Te habías olvidado de eso?- recibió como respuesta de aquel extraño personaje.

Al llegar a la vivienda le alojó en la otra habitación que disponía de cama, aparte de la suya.

- Nadie debe saber que estoy aquí. Por lo tanto, no quiero ver a nadie en el apartamento. ¡Ni personal de limpieza!- dijo J. Pauling en el salón de la casa.

Fausto no se atrevía a decir nada, como esperando más órdenes, cuando el extraño personaje se llevó la mano a la cabeza y se quitó la peluca que llevaba puesta cubriendo una calva avanzada. Luego se quitó el bigote, y con un líquido que sacó de la bolsa, se borró el color negro de las cejas. Sin apósito, parecía ahora más viejo, el color de su pelo era castaño, con algunas canas, y ya se observaban arrugas en su cara. En cuanto a su mirada, era de desprecio.

Dos veces al día tenía que subirle comida de restaurantes, ¡y con raciones dobles!, porque aquel personaje, más que comer, devoraba, por lo que también tenía que comprar en las tiendas de comestibles, cantidades respetables de embutidos, conservas en latas y en tarros de cristal, quesos, yogures, leche, pasteles, frutas, cerveza, vino, café… Nunca daba los buenos días ni las buenas noches, ni daba las gracias por los servicios que le prestaba. Para comer tranquilo, y no ver a su huésped en esos momentos, Fausto se iba a comer a restaurantes alejados, donde no compraba la comida para llevar, y así evitar preguntas inoportunas.

El huésped se pasaba las horas viendo la televisión mientras bebía cerveza y vino, de forma que al anochecer siempre estaba ebrio, cosa que le asqueaba a Fausto. Se acostaba muy

tarde, y más tarde aún se levantaba. Fumaba en el salón y en la cama. También lo de acostarse tarde era una gran molestia para Fausto… Ruidos de noche, junto a los olores del alcohol y del tabaco, hacía su vida muy desagradable, y perturbaban su sueño, tan necesario para hacer un buen trabajo en el policlínico, en el que continuaba a pesar de las ganancias que le reportaban su nueva vida… “¿Hasta cuando durará esta tortura?”, se preguntaba Fausto… Todo lo dejaba tirado, y, ni por equivocación, se le ocurría limpiar o recoger algo. Todas las tardes se pasaba un buen rato limpiando, recogiendo y arreglando el salón y el cuarto de baño… Su habitación era una leonera, como pudo apreciar el día que fue a cambiarle las sábanas. Menos mal que se duchaba con cierta frecuencia… “¿Cómo podía salir adelante una importante empresa con este individuo?”, se preguntaba continuamente. Por suerte los correos verdes dejaron de acudir aquella semana, y las remesas de dinero por otros conductos disminuyeron de forma sensible, ahorrándole preocupaciones y evitándole agobios en la situación que se le presentaba.

Lamentablemente, en estas circunstancias, tuvo que reducir el tiempo de dedicación a Margarita. Para compensar la llevaba a comer consigo y se disculpaba con la disculpa de que tenía que dedicarle más tiempo a las obras de la urbanización porque la compañía le apremiaba para que estuvieran terminadas a comienzo del nuevo año. Paradójicamente, a los pocos días de decirle esto, recibió un comunicado de la empresa en el que le indicaba que las obras se suspendían, provisionalmente, en el plazo de un mes, quedando paralizadas las actividades hasta nueva orden. Una nueva contrariedad, y esta vez si que iba a ser de categoría, ya que suponía el despido de más de cien trabajadores.

II

Una noche, al regresar al apartamento con los platos de comida para el huésped, se lo encontró con más cara de borracho que de costumbre, pero con fuerza suficiente como para preguntarle:

- ¿Cuándo vuelve Alfonso?
- Alfonso se marchó para no volver.
- ¡Cómo! ¡Vine a este lugar porque me dijeron que Alfonso estaba aquí, que es persona de mi entera confianza…, y, ahora, resulta que no está. Pero, ¡cómo está la organización… ¿Y tú quién eres?
- Yo soy Fausto Ariamendi; la Empresa me ordenó acogerlo.
- Pero…, ¿Qué empresa es ésa?
- La Constructora MEVIXA; para la que trabajamos los dos.
- ¡Qué MEVIXA ni qué puñetas! Yo pertenezco a la Organización y me debo a una causa, por la que lucho. ¿Tú has hecho algo por la causa?
- Pero…, ¿qué causa? Yo trabajo para una empresa, que es en la que me colocó Alfonso, que me paga por lo que hago.
- ¡Ah, tú eres de esos que se utilizan como tapadera! ¡Mira que ponerme a mí en manos de Dios sabe quién…! ¡Hacerme a mí eso…! ¡Caro lo pagarán esos inútiles! ¡Se unen a la causa sólo por dinero! ¡Así nos va…! Pero lo prometo, ¡lo van a pagar caro esos inútiles! Y te advierto que si me pasa algo aquí, te mato yo, y si no puedo hacerlo yo, lo hará alguien de la Organización. ¡Advertido estás, pues!- y sacó una pistola del bolsillo.

El susto de Fausto al ver ese objeto fue descomunal. ¡Un borracho en su casa…, mafioso o algo peor…, y con una pistola! ¡A dónde había llegado! Y se hacía mil preguntas mientras el huésped también meditaba, hasta que volvió el silencio:

- ¿Y para cuando está prevista mi partida? Porque me dijeron que no tendría mucho que esperar, y la cosa se está prolongando demasiado.
- Pues nada me han dicho al respecto- le respondió Fausto.
- ¡Para eso vine a esta isla! ¡Para escapar de España! ¡A menudo tipejo me encomendaron!- entonces el huésped se levantó haciendo claros signos de enfado, y levantando la voz, le espetó: - ¡Hasta ahora he matado a diez tipos, y como algo no cuadre, te juro que tu serás el once!- y le colocó el cañón de la pistola en la mejilla derecha, retirándola poco después mentas hacía un gesto de fastidio con el brazo y añadía: - ¡Con semejantes medidas de seguridad a dónde iremos a parar!

Fausto se quedó mudo y pálido. Nunca había sentido a sensación de un arma que le apuntara, y así, como paralizado, estuvo un buen rato hasta que se acordó de que en el bolsillo tenía una de esas cartas que venía en clave y que había llegado aquella mañana, por lo que se dirigió a la estantería y cogió la "Historia de Roma". Temblando aún, comenzó a descifrarla y, sobre la marcha, se la fue leyendo al extraño huésped directamente, más por el afán de demostrarle e que se tomaban medidas de seguridad que por otra cosa. Le decía que el próximo día ocho, es decir, en una semana, antes del amanecer, debería llevar al huésped a una pequeña rada situada al sur de la urbanización en obras, donde estaría a la espera un yate para llevárselo; se añadían las señales que debía hacer hacia el mar con las luces del coche y la respuesta que le darían desde el barco. Al parecer, el interesado quedó satisfecho con la carta; se notaba, porque, sin decir palabra, comenzó de nuevo a beber cerveza, a ver la televisión y comerse la cena que le había traído Fausto.

El médico no durmió aquella noche ni ninguna de las siguientes, limitándose a dar algunas cabezadas casi a la madrugada, o en su despacho al acabar la consulta. Una vez se quedó dormido mientras escribía una receta, dándose cuenta el paciente que lo despertó; y la pérdida de sueño se unió la de peso, perdiendo tres kilos en una semana.

El día previsto en la carta para la partida en barco de John Pauling; poco después de las cuatro de la madrugada, los dos socios, por llamar de alguna manera a la pareja formada por Fausto y su huésped, subieron al Jaguar para dirigirse al lugar indicando en la carta, llegando poco antes de las cinco y media. La noche estaba muy oscura, el cielo cubierto y una llovizna muy fina y fría hacían la noche muy oscura, de forma que nada parecido a un barco con luces apagadas se podía distinguir desde tierra. Fausto hizo con las luces del coche las señales convenidas, y una luz le respondió desde el mar; allí estaba el yate. Poco después, entre el ruido de la marea se oyó el ruido de un motorcito que iba in crescendo, indicando que un bote se acercaba. Luego, la luz de una linterna y una voz que gritaba.

- ¡Enciende la luz larga del coche, para que vea por donde va, y hacia aquí rápido…, pasajero! ¡Venga, venga!

El huésped bajó del coche, haciendo señal de que sentía frío y le puso en la mano de Fausto la pistola con la que le había apuntado.

- Te la regalo como recuerdo mío, y en agradecimiento por la hospitalidad- le dijo mientras se ponía en marcha hacia el bote.
- ¡Apaga las luces ya!- le gritaron desde el bote mientras se ponía en marcha hacia el yate, señalado por la luz de una linterna que se encendió en ese momento para indicarles dónde estaba.

Fausto se quedó mirando hacia la luz hasta que se apagó. Volvió la oscuridad absoluta al mismo tiempo que se ponía en marcha el motor del yate, cuyo sonido se iba alejando. Al dejar de oírse el motor, Fausto se dio cuenta que el frío y la humedad de la llovizna le molestaban por lo que se metió en el coche, donde se encontró más a gusto, y allí esperó a que amaneciera por la curiosidad de ver hacia dónde se dirigía el yate, pero cuando hubo luz, ya no se le podía divisar. Entonces miró la pistola y comprobó que aunque parecía de verdad, era de juguete. "Además de sinvergüenza, ¡bromista!", se dijo, y abrió la puerta del coche y la lanzó lejos.

Por fin se había librado de aquél granuja. Ahora ya podía sentirse libre… ¿Libre de qué…? Acoger en su casa ¿a un asesino…?, ¿a un traficante de drogas…?, ¿a un terrorista…? ¡Un hombre como él que había sido decente toda su vida, metido ahora en este lío! ¡Y todo por una mujer!. "En esto iban pensando mientras se dirigía directo al policlínico, haciendo el retorno con velocidad al máximo, ya que tenía que comenzar temprano la consulta, y el tiempo apremiaba.

- Para huir con tantas precauciones, ¡menudo gángster que tiene que ser ese individuo!- decía en voz alta mientras entraba en el policlínico, sin acordarse de dar los buenos días a los presentes en la entrada.
- Don Fausto debe de estar de muy mal humor hoy- dijo el portero a la administrativa que estaba a su lado.
- En realidad, hace varios días que está muy raro- le contestó la muchacha.

III

Días después, las obras de la urbanización se detuvieron como indicó la empresa. Fausto agradeció esta disminución del trabajo, porque su cuerpo se sentía cansado, que atribuía principalmente a aquel incordiante personaje que tuvo en su casa. Los dineros no venían ni por una vía ni por otra; cartas, tampoco. El silencio era absoluto. ¿Habrían hecho todos lo mismo que el huésped, poner pies en polvorosa…? ¿Qué estaría pasando…? El desaliento se apoderó de él; su estado de ánimo se le venía abajo. El apetito no lo recuperaba. Algo le ayudaba, el apoyo que le prestaba Margarita, que se daba cuenta de su decaimiento anímico, y que de vez en cuando conseguía levantar ese ánimo, pero su peso, no.

Transcurrían los días y no llegaban noticias. En su buzón, sólo encontraba la propaganda de productos farmacéuticos y las revistas médicas. Pero un día apareció una carta con la dirección escrita a mano, la abrió y encontró una postal de Marbella en la que decía: ¡Perro malo, ten cuidado! Carecía de remite.

Esa frase tonta que debería causarle risa, le produjo un fuerte escalofrío…, pero pronto reaccionó… Había hecho un juego sucio, y éste se acababa. Basta de dinero fácil. Todo lo que tiene principio, tiene su fin, y su relación con la Compañía ya se terminó… Por suerte, disponía de abundante cantidad de dinero en casa y en diversos bancos nacionales y extranjeros, que le permitiría emigrar y vivir largo tiempo sin trabajar y sin preocupaciones, y, sin dudarlo mucho, consideró que lo mejor era hacer lo que hicieron el maldito huésped y anteriormente Alfonso: marcharse lejos. ¡Había que cortar con aquella banda de blanqueadores de dinero, traficantes de drogas, terroristas, o cuantas cosas malas en este mundo pudieran darse!

Miró en una enciclopedia dónde se encontraban las islas de Jersey y del Caimán, lugares en cuyos bancos disponía de cantidades respetables de dinero; solicitó, con urgencia, vacaciones y una prolongación de éstas, sin sueldo, de tres meses, por asuntos propios, aunque sabía que no

podía volver. Al despedirse de Margarita, le dijo que tenía que irse a Madrid para tratar con la Empresa el reinicio de las obras paralizadas, y que permanecería a diario en contacto con ella por teléfono. Su intención era llevársela consigo cuando ya tuviera todo arreglado para huir de España, asunto que le plantearía en el último momento.

Sacó de las sucursales bancarias de La Palma casi todo el dinero que tenía, entregó a Margarita las llaves de su apartamento, donde, aparte del que se llevaba, quedaba una cantidad considerable del que podía disponer a su antojo, y con dos maletas, una con lo necesario para el viaje y la otra con libros, títulos, diplomas, documentos y bastante dinero, emprendió el viaje.

Su primera escala fue en Tenerife. Después de hospedarse en un hotel, no tardó mucho en ir a visitar las oficinas con las que trataba para el asunto de los envíos de dinero, pero sus placas ya no estaban en las puertas y nadie contestaba a sus llamadas… La cosa era muy seria; mucho más de lo que se había imaginado hasta ahora. Antes de que cerraran los tres bancos en que tenía cuentas, consiguió sacar casi todo su dinero, dejando unas cantidades con órdenes de transferencia a la cuenta de Margarita.

Al día siguiente, en vez de dirigirse a Madrid, voló a Barcelona, donde, también en bancos, disponía de cantidades respetables. En el avión, todo el tiempo iba pensando en lo acaecido, y como aquella banda de canallas, mafioso-terroristas, habían huido sin avisarle. ¡Hasta ganas le dieron de ir a denunciarles a la policía! Pero, ¿a quiénes iba a denunciar si no conocía a nadie…? Y todos habían desaparecido como el huésped y Alfonso. Sobre él caería toda la responsabilidad, y la cárcel la tenía segura. Por lo tanto, no le quedaba más remedio que desaparecer como los otros. Con dinero todo se podía conseguir. Pedirle a Margarita que viniera a Barcelona, luego viaje a los paraísos fiscales… recoger el dinero restante… y después: ¡ancho es el mundo!

Se sentía cansado y seguía perdiendo peso. Era lógico; tanto jaleo, viajes y emociones, a su edad tenían que conducirle a este estado. Margarita le comunicó que tardaría quince días en llegar, porque tenía que liquidar todas las existencias en la tabaquería, darla de baja de Hacienda, de la contribución municipal… etc. Ya que la casa en que estaba el negocio, estaba considerada como propiedad condenada debido al nuevo plan de urbanismo. A eso se unía el que las mujeres son más meticulosas en preparar los viajes que los hombres; sin todo a punto, no se mueven de su casa, y, además, se ven obligadas, antes de partir, a vencer la oposición y los recelos familiares; no como Fausto, que hizo su equipaje en un día.

En Barcelona se hospedó los tres primeros días en un hotel, con el nombre de uno de los carnés falsos; luego, alquiló un apartamento en la Avinguda de Buenos Aires, con uno de los falsos pasaportes. Era mejor así, para que sus pasos no fueran seguidos por la policía. Hasta que

llegara Margarita tenía que dedicarse a pasear por Barcelona y a ir sacando, poco a poco, debido a la gran cantidad que poseía y no despertar sospechas, de los dineros depositados en los bancos. Si él tenía tanto, ¿cuánto tendrían Alfonso y el huésped?

Después de interminables paseos por las calles de Barcelona, y de ver teatros cines y museos, sintiéndose cansado, a la semana de estancia en la ciudad, decidió irse a tomar los aires de los Pirineos. Alquiló un coche y se dirigió a Andorra. Esto lo hizo con el carné a su nombre, pues no tenía falsos. Ningún documento le exigieron al pasar el control fronterizo, y tampoco le registraron el coche; ni tampoco cuando pasó a Francia. Sin duda alguna, aquel era el lugar ideal para cruzar la frontera con todo el dinero, pero siempre debería camuflar bien el dinero por si algún aduanero inoportuno se le ocurriera husmear en el equipaje. Contactó con Margarita que le dijo que retrasaría el viaje en una semana, ya que la liquidación de la tienda así se lo exigía. Le hubiera gustado ir a lo alto de las montañas donde aún había nieve, pero el cansancio que traía de Barcelona no se le iba, a pesar del aire puro de aquellos parajes; tampoco el apetito le volvía. Le surgieron unas pequeñas pústulas en el hombro derecho, que Fausto atribuyó a un herpes, pero que al desaparecer a los dos días, no le dio importancia. De retorno, se dirigió a Urgell; quería visitar otros lugares, mas consideró que, encontrándose con ánimo tan decaído, lo mejor sería volver a Barcelona para descansar en su apartamento.

Ya en Barcelona, sin que el cansancio le abandonara, volvió a pasearse por los lugares que tanto le gustaron, que, como es lógico, coincidían con los de la zona central de la ciudad, y no con los del gran cinturón industrial y los barrios de la periferia. Era el Barrio Gótico lo que más le gustaba, así como las Ramblas y la Plaça de Catalunya. Dos veces subió al Montjuich para contemplar en toda su magnitud, desde la fortaleza, la ciudad, el puerto y la belleza del Mediterráneo. Tal vez fuera Barcelona el lugar ideal para esconderse… No; aquí, con el tiempo, alguien le localizaría… Había que pasar a Francia; de ahí a la isla de Jersey para sacar el dinero; luego a Londres, y desde Inglaterra, volar a la isla del Caimán. En América, con dinero se podía comprar de todo: pasaportes y visados falsos y no tan falsos, permisos de residencia, etc… ¿Cómo? Pues preguntando a los camareros de los hoteles; sobre todo a aquellos que más y mejores propinas reciben. Si las reciben es porque prestan buenos servicios y saben de todo. Además, en la zona del Caribe, ese tipo de corruptela es una cosa habitual y no está mal vista, ya que la policía está muy mal pagada, y tiene necesidad de un sueldo extra.

El cansancio no se le iba a Fausto, añadiéndosele algo de fiebre por lo que se compró unos antibióticos y un antitérmico. No obtuvo mucha mejoría con aquello, y le volvieron a aparecer las pústulas. Un poco preocupado por su estado, volvió a insistirle a Margarita que

viniera pronto, pero le contestó que, hasta la fecha prevista, no podía emprender el viaje… Paciencia, y a esperar.

Si en dos días no mejoraba, iría a una clínica para que lo revisaran.

La cantidad de dinero que había sacado de sus cuentas de Barcelona era muy superior a la que tenía en la Palma. ¡Demasiada riqueza!. Nunca le había venido a la imaginación el que pudiera disponer de tanto, y a eso había que añadir lo que disponía en los paraísos fiscales, que no distaba mucho de lo que tenía en España. ¿Cuánto dinero había pasado por sus manos…? No habiéndose jamás preocupado de las riquezas ni de las cantidades que ganaba, e interesado, anteriormente, sólo en atender a sus enfermos, y, últimamente, en atender a Margarita, Jamás se había detenido a contar el dinero que tenía.

IV

Era el último día que iba a sacar dinero de un banco. Salió de su casa en lo alto de la Avinguda de Buenos Aires, bajó por la acera del cine Jaime I, y, a la altura de la iglesia que estaba enfrente, torció a la derecha por la calle Craywinkel, donde desayunó en un bar. Siguió luego hasta la estación del metro del Tibidabo, pero en vez de tomarlo- ¿qué prisa tenía?-, bajó caminando por la calle Balmes, hasta llegar a la Diagonal. Esta ancha y larga avenida, con una gran calzada central y dos laterales, le causaba verdadera impresión por su belleza. Por lo largo, debería ser tanto como el municipio al que pertenecía San Borondón; pero, claro, su anchura era menor que la de la cañada. Varias veces había paseado por allí, y una vez llegó hasta Pedralbes para ver su palacio y su universidad. Ahora se encontraba de nuevo en la avenida; el paseo ya lo había hecho, y entró en el banco donde debía retirar la última cuenta que le quedaba, en que, una vez realizada la operación bancaria, tendría que interrumpir el caminar, tomando un taxi, para dirigirse rápidamente a su casa. Los peligros acechan a quienes caminan por las calles de una gran ciudad cargados de dinero. Sacó lo que tenía, que estaba a su propio nombre, y no de los pasaportes falsos, y canceló su cuenta. Ese día iba completamente legal por la calle.

A la salida del banco, se dirigió hacia un taxi detenido ante un semáforo en rojo, en la calzada central, junto con otros muchos coches que también esperaban la vía libre. Como para él estaba en verde, iba atravesando la calzada lateral, distraído por el gran cansancio que arrastraba, de tal forma que no reparó en un coche que se le acercaba lentamente, y que de pronto aceleró al máximo, sin respetar la señal de tráfico, alcanzando gran velocidad, que al golpearle lo levantó en el aire, por encima del capó, lanzándolo contra la acera de donde venía, quedando tendido en el suelo, mientras algunas personas se acercaban a socorrerle y gritaban al coche que se alejaba: ¡asesino!, ¡bandido! Y otros insultos. Tendido estaba en la acera, lleno de dolores, cuando un policía se acercó preguntando si alguien había tomado el número del coche. Pero nadie lo había

hecho ni se acordaban del tipo o color del vehículo, ya que la velocidad que alcanzó fue muy alta. “Otro sinvergüenza que se libra de ir a la cárcel”, dijo el policía. “Son los bandidos de la Empresa”, murmuró Fausto, pero nadie le entendió. Poco después apareció una ambulancia que lo llevó a un gran hospital no muy alejado de donde vivía.

Durante el trayecto perdió el conocimiento, y cuando lo recuperó, comprobó que estaba en una cama de hospital, y en el cuarto había una enfermera que lo vigilaba, y a la que le preguntó:

- ¿Qué es lo que tengo?
- Ahora vendrá el doctor Fonseca y le explicará todo, pero no se preocupe mucho, se trata de unas costillas rotas. Tampoco tiene que preocuparse de sus pertenencias pues están a buen recaudo en la oficina de dirección. Llevaba una buena cantidad de dinero.
- Dígale al director que se cobre de ahí los gastos.
- Eso no hace falta. Con la cartilla de asegurado que tenía en la cartera, tiene todos los gastos cubiertos.

En esto entró el doctor Fonseca que le habló así:

- Tiene cuatro costillas fracturadas. Pero eso no es lo importante, sino la neumonía que tiene en el lado izquierdo. ¿Cómo siendo médico y, además, neumólogo, como se deduce de sus carnés, no se dio cuentas antes, hombre de Dios?
- Algo me daba cuenta, pero no le di importancia. Creí que era un decaimiento por el trabajo y las preocupaciones.
- Bueno, bueno. Ya le iremos curando- y se despidió el doctor Fonseca.

Entonces la enfermera le dijo:

- Hemos llamado a su casa, pero no responde nadie. Debe darnos el teléfono de algún familiar para avisarle de que está internado.
- Tengo dos hijos, pero es mejor que no sepan nada. En cambio, le agradecería que llamara a una persona. Si me da algo para escribir se lo anoto. Pero, por favor, no lo haga oficialmente. Le daré dinero para la llamada. ¿Dónde tengo algo de eso?
- En la chaqueta tiene un poco, pero no lo necesita. Haré la llamada desde mi casa. No se preocupe.

A los tres días se presentó Margarita en el hospital y no le gustó el estado en que se encontraba Fausto. Había adelgazado y unas ojeras le hacían más viejo. Fausto le encargó a la enfermera que le entregara a Margarita todas sus pertenencias que estaban guardadas en la dirección.

- En una maleta hay mucho dinero, pero nadie, bajo ninguna circunstancia, debe saber que existe. Es de nosotros dos, y de nadie más. Luego tendremos más. Con eso, bien invertido, tendremos para el resto de nuestras vidas… ¡y viviremos bien!- le dijo Fausto a su novia al entregarle las llaves del apartamento y de la maleta, acompañadas de una notita con la dirección de la casa.- no te olvides que eso es exclusivamente nuestro.

El estado de Fausto iba empeorando a pesar de los tratamientos. La preocupación de Margarita, de verse sola ante aquella situación, era muy grande. La enfermera que atendía a su novio, al darse cuenta, intentó distraerla, haciéndole de guía en unos tres paseos que hizo por Barcelona. En el último le confió:

- La neumonía que tiene es muy rara y muy grave, producida por un agente que se llama Pneumocystis carinii; y lo peor es que no responde a los tratamientos. Sus defensas están muy bajas.

De tal forma que cuando el doctor Fonseca le dijo que se esperaba lo peor, Margarita ya estaba informada.

A los veinte días del accidente falleció Fausto, y a la semana, Margarita volvía a La Palma con la maleta llena de dinero. Antes, destruyó los pasaportes falsos y documentos que pudieran ser considerados como delictivos. La ropa de Fausto la colocó sobre los contenedores de basura por si alguien la necesitaba; a las dos hora ya se la habían llevado.

EPÍLOGO

Y

NOTA ACLARATORIA.

Esta historia podía y debía darse por terminada al producirse el fallecimiento del principal personaje, Fausto Ariamendi, pero tras él quedó dinero, una novia y muchos puntos por aclarar en lo referente a su desaparición física, y eso es lo que intentaremos aclarar en este epílogo.

Sabido es que hay personas que se ven obligadas a vender su alma al diablo para poder sobrevivir, y por regla general se conforman con poco, llevando una vida modesta. Pero ese no fue el caso de Fausto que la vendió por afán de lucro y no conformarse con a vida modesta y tranquila a la que estaba destinado, debiendo pagar muy caro la falta que cometió. Es verdad que hay quienes venden sus almas y les va muy bien en sus vidas, llegando a alcanzar las más altas esferas. Todos los días solemos ver a esos personajes sin escrúpulos de ninguna clase, que, gracias a esa venta, llevan sus bolsillos cargados de dinero, siendo una de sus aficiones favoritas, dentro de su mísera concepción de la vida, el burlarse de los que no se venden al diablo.

Intentaremos explicar cómo ocurrieron los hechos que condujeron a la muerte de Fausto, antes que nada, por ser lo más importante y el haber dejado interrogantes que deben ser aclaradas… Resulta, que tres miembros de aquella organización o empresa, que decían que actuaban por una causa, fueron muertos a tiros en enfrentamientos con la policía. A la directiva no le cabía la menor duda de que se había metido en su engranaje un infiltrado, y había que descubrirlo y eliminarlo, así como tomar las medidas de precaución más extremas en torno a la zona en que actuaban los fallecidos. Como éstos eran “correos verdes” que trabajaban en el área de Fausto, y por las referencias y dudas que sobre él dio aquel “extraño huésped”- que era un alto jefazo en la realidad, todo hizo pensar de que el topo era Fausto.

Ante la gravedad de los sucesos acaecidos, la organización puso en fuga al jefazo de la zona, el “extraño huésped”, pues a por él, seguro que iban. Muy lejos estaban aún de pensar de que en un lugar aislado, del que estuvo a cargo una persona tan eficiente y leal como Alfonso, pudiera metérseles un indeseable…; pero las dudas vertidas en el informe sobre la persona de Fausto, a pesar de lo bien que se portó en la cuestión de la huida, hizo que la directiva de la organización, en su prisa de buscar una solución, y ayudada por el verdadero topo, hicieron recaer todas las sospechas en Fausto. ¿Cómo pudieron poner en peligro la vida del jefazo

llevándolo a la guarida del lobo?, ¿cómo Alfonso les había fallado de aquella manera?, eran preguntas que se hacían los "directivos" repetidamente y sin poder perdonarse. ¡Había que eliminar a Fausto, y rápido! El encargo fue hecho al infiltrado, que indicó que eso llevaría unos días, no fuera que liquidaran al que no era, quedaran satisfechos, y el verdadero topo quedara vivito y coleando. Mientras tanto él iba inventando pruebas contra Fausto.

A la medida de paralizar las obras de la urbanización, que en gran parte fueron debidas a la baja de remesas de dinero, se añadió el del cierre de las filiales de Tenerife con las que contactaba Fausto, y la dispersión de su personal. La postal de Marbella que puso de sobreaviso a Fausto se la envió el infiltrado, con muy buena fortuna, porque la huida, fue considerada por la dirección de la Organización como prueba fehaciente de que era al que buscaban.

Localizarle después de la huida no fue cosa difícil. ¿A dónde podía ir? Pues a dónde tenía el dinero, a Barcelona. Allí estuvo siempre vigilado, ya que el topo no sólo tenía los colaboradores de la Organización, sino también otros pagados por la organización que lo infiltró.

Aquella mañana en que ocurrió el accidente, dos coches siguieron a Fausto, de forma que no le perdieran de vista. En un principio pensaron en matarle a tiros, pero el infiltrado, con buen criterio, fue de la opinión de que un buen accidente de tráfico era mejor; así evitaría investigaciones exhaustivas de la policía sobre el asesinato de un honrado ciudadano, hasta ahora libre de cualquier sospecha, que pudieran dar al traste con sus planes.

Muy del gusto de la dirección fue el limpio atropello de Fausto que le causó la muerte, pero había sucedido cosas raras en la Organización que la habían dañado mucho, por lo tanto se hizo una reunión al más alto nivel decidir qué hacer con los que cometieron tan graves errores.

- A Alfonso, un miembro desde su juventud, gran luchador por la causa, no se le pueden perdonar dos cosas: el haber colocado en un cargo, reservado para juramentados y veteranos de la causa, a uno que no era de los nuestros, resultando ser un infiltrado para descubrirnos, y el haber abandonado la organización, cosa que una vez que se entra, es para siempre… Él lo sabía muy bien y nos abandonó… eso sólo se paga con la vida- concluyó el jefe máximo.

Al infiltrado se le encargó ese trabajo, que lo hizo de tal forma que pareció un accidente de tráfico corriente, como el anterior, pero esta vez en una carretera de Florida. Muerte en accidente por conducir a gran velocidad en estado de embriaguez, testificó la policía del lugar… Tan complacidos quedaron del topo por esos trabajos tan delicados, que lo ascendieron hasta lo más alto. Poco después caía toda la Organización. Mucho valor, mucha sangre fría y mucha

inteligencia demostró aquel topo, pero su gran hazaña no pudo constar en ningún escrito de su departamento policial.

Margarita, a las dos semanas de su regreso a La Palma, recibió una llamada de su amiga de Barcelona, la enfermera, y le dijo que debería volver para hacerse unos análisis y una revisión médica, pues la enfermedad de la que murió su amigo, era muy contagiosa y muy grave. Efectivamente, se trataba del SIDA, pero a ella todas las pruebas le dieron negativo. ¿Cómo se contagió Fausto? Entonces Margarita se acordó de que su anterior, y primer novio, sufrió una enfermedad parecida -probablemente la misma-, y consciente de ello se fue a morir lejos de la isla. También tuvo conocimiento, de que siendo estudiante, durante una época, tuvo la mala costumbre de inyectarse una droga, pero que no llegó a ser un drogadicto.

Uno de los especialistas que la estudiaba, le comentó:

- Seguramente él sufrió la enfermedad y se la contagió a usted, y, por desgracia, tuvo la mala suerte de contagiársela a su segundo compañero, contrayendo la enfermedad y falleciendo por su causa. En usted no se manifestó la enfermedad, pero, por razones de la inmunología que aún desconocemos, su estado positivo se negativizó. Cosas raras de la medicina. Pero no se haga ideas, usted no es responsable de nada.

El agente de la Organización dentro del hospital se había limitado a comunicar que Fausto había fallecido, dando por sentado de que fue por causa el accidente. Ignoraba la existencia de la enfermedad porque nunca se preocupó de leer su historia. Si la hubieran leído, los destinos del topo y de la Organización hubieran sido muy diferentes.

Margarita, una vez resuelto el asunto de su salud, se puso de acuerdo con la enfermera, que era muy activa, inteligente y de buen gusto, para, con el dinero que le dejó Fausto, montar una tienda de moda femenina en la calle Muntaner de Barcelona.

Con la ayuda de la enfermera localizó al hijo de Fausto en Valencia, y le hizo entrega de las llaves del piso, del garaje, del Jaguar y de la caja fuerte. Cono no podía comunicarle nada del dinero, ni hacerle ver que ese dinero existió, por darles algo a los hijos les puso en la caja tres millones de pesetas, una colección de monedas de oro, así como un reloj Rólex, también de oro. Tuvo la precaución de no presentarse como la novia de Fausto a su hijo, sino como una secretaria de la urbanización que se quedó sin trabajo al quebrar la compañía. Los dos hijos heredaban lo que tenía Fausto en la isla.

La Organización nada supo de la existencia de Margarita, por suerte, Alfonso nada comunicó de su existencia, el “extraño huésped” tampoco supo de ella, y el topo, pronto se dio cuenta de que nada tenía que ver con el asunto y su deber era no hacer daño a inocentes, o que éstos fueran lo menor posible si había que hacerlos.

Pero la historia continuó. Margarita nunca pudo librarse de Fausto. Se casó con el doctor Fonseca, que era mucho más joven que su anterior novio, y tuvo dos hijos del matrimonio. De la enfermera, que era de buen ver, se enamoró el hijo de Fausto, que se trasladó a Barcelona y se casó con ella. La tienda en que ahora traajaba, se pasó a llamar MODAS PERABO; y a Margarita se la conocía por la Modista del Carrer Muntaner.

En la Avenida de El Puente, una vez existió un puente por debajo del cual corría, cuando llovía, el agua de un barranco. En la calle Muntaner, otrora, a la altura de la calle Aragó, también tuvo su puente, por debajo del cual circulaban los trenes. Hoy cubiertas las calles, el barranco ha sido reducido a la categoría de una cloaca, y los trenes, en ese trayecto, a metropolitanos.